



ÉPOCA 3.^a — AÑO VI. — TOMO VI.

NÚMERO 10. — Madrid, 5 de Octubre de 1882.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

| PRECIOS DE SUSCRICIÓN. | |
|------------------------|---------|
| MADRID Y PROVINCIAS. | |
| Seis meses..... | 30 rs. |
| Un año..... | 60 " |
| CUBA Y PUERTO-RICO. | |
| Seis meses..... | 2 ½ ps. |
| Un año..... | 4 " |

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

| PRECIOS DE SUSCRICIÓN. | |
|------------------------|---------|
| EXTRANJERO. | |
| Seis meses..... | 11 fr. |
| Un año..... | 21 " |
| FILIPINAS Y MÉJICO. | |
| Seis meses..... | 3 ½ ps. |
| Un año..... | 6 " |



AL CRUCIFERARIO DE CRISTO,
ORNAMENTO DE EUROPA Y DE LA IGLESIA CATÓLICA,
AL SERAFIN LLAGADO,
GLORIA DE DIOS,
ADMIRACION DE LOS ÁNGELES,
EJEMPLO Y CONSUELO DE LOS HOMBRES,
AL POBRECILLO

SAN FRANCISCO DE ASIS,

EN EL VII CENTENARIO DE SU FELIZ NACIMIENTO,

LA ILUSTRACION CATÓLICA.

SUMARIO

TEXTO. — Dedicación a San Francisco de Asís. — Revista, por Nulema. — Fecundidad prodigiosa de la Orden Franciscana; número de conventos y frailes existentes en varias épocas y en el día, por F. M. G. — Monumentos artísticos erigidos a San Francisco de Asís con motivo de su centenario. — La cuna y el sepulcro de San Francisco. — San Francisco y las Bellas Artes, por D. R. Vinader. — Una Florecita de San Francisco de Asís. — ¡Madre mía! poesía por J. Zorrilla (poeta chileno). — Los Grabados. — Los huracanes en Filipinas. — Revista de conocimientos útiles. — Influencia de la luna en el mundo. — Poda de las viñas. — Miscelánea.

GRABADOS. — Vista exterior de la antigua y venerable basilica Franciscana, en Asís. — San Bruno, fundador de la Cartuja. — Dom Guéranger, sabio benedictino de Solesmes.

REVISTA



ACE pocos años que, frecuentando la calle Ancha de San Bernardo para asistir a las aulas de la Universidad, veíamos casi todas las tardes marchar por una de sus aceras a un sacerdote de mediana estatura, más alta que baja, delgado sin rigidez, de rostro blanco como el mármol y de facciones nobles y bien proporcionadas, los ojos azules, el pelo blanco, la cabeza un tanto inclinada hacia delante, y el andar lento y grave, como de anciano achacoso, ó más bien como de varón anciano y penitente.

Al pasar junto a él siempre deteníamos nuestro paso para contemplarle, y nos infundía secreta veneración aquella cara dulce y bondadosa, donde parecía reflejarse la clara luz de un alma pura y santa.

Hubo ocasión en que, arrastrados por la tierna contemplación de aquel sacerdote venerable, le seguimos largo trecho, y nunca nos cansábamos de mirarle, atraídos por una belleza oculta, que no era la de su cuerpo viejo y caduco, sino la de un alma inocente y limpia, escondida bajo aquella forma, como se oculta un arroyo de aguas cristalinas bajo el manto de hojas secas que arranca de los árboles la mano del otoño.

Aquel sacerdote, que parecía un santo de mármol bajado del altar; aquel hombre, todo dulzura y mansedumbre; aquel ángel en figura humana, era el P. Zarandona.

El martes 26 de Setiembre ha subido al cielo, a los setenta y ocho años de edad. Su cuerpo descansa en el cementerio de San Justo, al lado de los Padres Carasa, Cumplido, Trapiella, Medrano y otros no menos ilustres y santos, todos los cuales resucitarán juntos en el día del Juicio, para resplandecer con la corona de sus virtudes entre los santos confesores de Cristo.

El P. Zarandona tenía muchos amigos, a pesar de su vida oculta y retirada, y como dice uno de ellos, el Sr. D. Ramon Nocedal, si hubieran sabido la hora de su entierro todos los que le amaban y veneraban, el de un príncipe no habría llevado más cortejo. Del mismo cariñoso amigo son los párrafos que siguen:

«La vida del Padre Zarandona es una vida llenísima de merecimientos; y, sin embargo, es una vida sin historia.

Nació en Bilbao, el 13 de Junio de 1804, de familia verdaderamente vascongada; vascongada por la sangre, vascongada por la fe y la piedad, vascongada por el amor a la patria y a todo lo grande y noble. Tenía su madre noventa y siete años de edad cuando la conoció el que esto escribe, y nunca olvidará la impresión de respeto y simpatía que le causó el aspecto, la conversación y las virtudes de aquella mujer privilegiada, modelo acabado de las antiguas señoras españolas, cuya alma vigorosa conservaba entre los estragos de la vejez toda la entereza de una juventud sana, robusta y piadosísima.

El 1.º de Julio de 1828 entró en la Compañía de Jesús el que luego fué Padre Zarandona.

Cuando la revolución se inauguró en España, cubriéndola de sangre y de vergüenza con la espantosa matanza de los Religiosos, el Padre Zarandona era profesor en el Real Seminario de Nobles, en Madrid. De sus labios oyó muchas veces, y de labios del Padre Blas, que murió no hace mucho, y del Padre Labarta, que todavía vive para gloria de Dios y de la Compañía; de sus labios oyó muchas veces el que esto escribe los tremendos sucesos que deshonraron a Madrid en aquel infausto día. Y por cierto que no es posible explicar la admiración que inspiran las víctimas y la indignación que se siente contra aquella sacrilega hecatombe, cuando se oye referir, con reposo y caridad sobrehumanos, a los mismos que estuvieron a punto de morir en ella y que vieron correr la sangre de sus hermanos.

¡Cuánto amarían los hombres a los Santos, si los conociesen!

Después fué el Padre Zarandona Procurador de varias casas de la Compañía; y finalmente, muchos años, Procurador general de la provincia de España y Misiones ultramarinas; desempeñando en este

tiempo el cargo de Provincial, cuantas veces estuvieron ausentes los Provinciales.

Pocas existencias más humildes, más oscuras y más retiradas que la del Padre Zarandona. Y pocos nombres más queridos y más respetados que el de este humilde Religioso.

¡En cuántas penas, en cuántos dolores, en cuántas angustias de la vida era, para innumerables almas, consuelo y esperanza el nombre del Padre Zarandona!

Entre todas las grandezas de su alma, ninguna, quizás, resplandecía más a los ojos que le miraban que la paz, la suavísima paz, la paz verdadera y santa que parecía circundar todo su ser como aureola de gloria. Hervía en sus venas sangre vascongada; animaba su cuerpo un alma enérgica como pocas, capaz de todo heroísmo. Mas las fuerzas todas de su alma y de su vida, consagradas a la gloria de Dios y al bien de los hombres, hicieron de él un modelo de suavidad y dulzura inalterables, donde no era posible imaginar jamás rastro ni asomo de impaciencia, ni nada que no fuese tranquilidad y reposo.

El corazón impetuoso que, agitado por las luchas más vivas y ardientes de la vida, acudía a él en busca de perdón, de luz ó de consuelo, antes de oírle, con sólo verle, sentía serenarse y extinguirse todo el hervir de las pasiones.

El que esto escribe era aún muy niño cuando le conoció, juntamente con el inolvidable Padre Cumplido, el año 1854. En aquella hermosa figura, en aquel rostro angelical, cubierto ya de cabellos blancos, había la misma santa tranquilidad, el mismo placidísimo reposo que tenían hoy, ya consagrados por una muerte santísima.

Sobre el sepulcro del P. Zarandona debería estamparse esta inscripción tan repetida en los de los mártires de las Catacumbas: «Descanse en paz y ruegue por nosotros.»

La memoria de la muerte trae a nuestra pluma el recuerdo de una cuestión gravísima, que comienza a producir amargos frutos de división y de odios entre los desventurados hijos de España. Nos referimos a la secularización de cementerios.

En Fregenal de la Sierra, como saben nuestros lectores, la autoridad civil ha construido un cementerio, sin contar para nada con la eclesiástica, y una vez hecha la obra, ha pedido la bendición de la Iglesia para enterrar en él los cadáveres de los católicos, mandando a su vez cerrar el Campo Santo de la parroquia. La autoridad eclesiástica, ante esta usurpación de facultades y atribuciones, ha denegado su bendición y el alcalde por sí y ante ha mandado que se entierre en su necrópolis los cadáveres de los vecinos del pueblo, atropellando por todo y convirtiendo las sepulturas en un servicio municipal, ni más ni menos que el barrido de las calles y el desahogue de las alcantarillas.

El gobierno de esta nación católica sostiene en su conducta al alcalde, mientras que el digno prelado de Badajoz defiende con la entereza de su noble carácter los derechos de la Iglesia desconocidos y conculcados.

La gravedad del asunto es mayor de lo que parece, porque el conflicto de Fregenal, no es un pique de localidad, de esos que se resuelven de una plumada, con sólo cambiar un empleado; es una competencia en toda regla, ó más bien una lucha entre el poder civil que atropella los derechos de la Iglesia y la Iglesia que se defiende.

Decimos mal, la Iglesia no se defiende; defiende los derechos sagrados de sus hijos, a quien la autoridad civil condena a enterrarse en un muladar; pues no otra cosa significa un cementerio que no está consagrado con las bendiciones de la Iglesia y que no se cobija bajo los brazos de la Cruz salvadora y bendita.

Y este conflicto de Fregenal no es un mal aislado, una lucha localizada, una guerra civil, digámoslo de este modo; es la expresión de un mal general, de una lucha cosmopolita, de una guerra universal, en que combaten, de una parte, la Revolución impía que trata de arrancar a Jesucristo de la sociedad, y de otra la Iglesia Santa, a quien Dios ha confiado el depósito de la verdad y la salvación de los hombres.

Es preciso, ha dicho la Revolución, que la Iglesia se quede fuera de juego en la sociedad humana. El hombre al nacer, no acudirá a la pila bautismal sin haber pagado antes tributo al Cesar en las oficinas del Registro civil; el hombre al casarse, no tendrá necesidad, para legitimar su prole, de acudir a la Iglesia; acudirá al Juzgado municipal, donde se casará civilmente; por último, el hombre al morir no pedirá sepultura a la Iglesia, porque la Iglesia no podrá dársela; la pedirá al Municipio, el cual rem-

plazará a la Iglesia en estas últimas funciones de la vida del hombre.

Por eso es de alabar y de venerar la conducta del señor Obispo de Badajoz, quien, al defender su jurisdicción, defiende los derechos de todos los católicos españoles.

Que ya que en vida la Revolución haga de cada católico un mártir, le deje al menos el derecho de disponer de sus restos mortales.

Los Césares paganos llevaron su crueldad contra los cristianos a extremos de ferocidad increíbles; y no obstante, a los primeros fieles, perseguidos y martirizados, les quedaba el consuelo de ser enterrados en las Catacumbas.

¿Se nos querrá negar a nosotros la sepultura cristiana?

La peregrinación regional de la diócesis de Toledo, a pesar de su corto número de peregrinos, ó tal vez por esto mismo, ha sido insultada en Génova.

Los revolucionarios italianos son muy valientes, y no es extraño que se hayan mostrado tan audaces con algunas docenas de sacerdotes españoles, de quien no podían temer otra defensa que la paciencia y la resignación.

Si en vez de estos pacíficos sacerdotes hubieran tenido enfrente aquellas bravas falanges de peregrinos que acudieron a Roma en la romería de Santa Teresa, de grata y perdurable memoria, como ha dicho León XIII, ya hubieran bajado el grito, como lo hicieron en la plaza de San Pedro, a pesar de la prudencia a duras penas reprimida de los peregrinos españoles.

Los revolucionarios de Italia se están abriendo su propia sepultura; pues la historia de la Edad Media nos enseña cómo llegan a transformarse las peregrinaciones en Cruzadas, cuando la piedad de los fieles se encuentra cohibida ó amenazada por los usurpadores de los Santos Lugares.

Los católicos de todo el mundo tienen derecho a visitar y a consolar en sus tribulaciones al Vicario de Jesucristo en la tierra, en quien miran a su amoroso Padre. ¿Se les niega este derecho? Pues tienen el deber de defenderlo. ¿Hallan asechanzas en el camino? Pues nada más justo que vayan apercebidos a la defensa.

Si los revolucionarios italianos las provocan con sus imprudencias, vendrán, más pronto ó más tarde, las peregrinaciones armadas.

Madrid está ya entrando en su vida ordinaria.

La vida ordinaria de Madrid consiste en la concurrencia de gente en todas partes, en la sucesión de muchos espectáculos, en la animación de la bataola política y en el esplendor del lujo, que va siempre en aumento.

Aunque Madrid se ha democratizado mucho, y las fiestas de corte no tienen hoy la importancia que tuvieron en otro tiempo; sin embargo, la terminación de la jornada de la Granja viene a aumentar la animación de Madrid, dando singular esplendor a los alrededores de la plaza de Oriente.

Estamos, pues, constituidos en plena temporada de invierno, y aunque todavía no ha comenzado el agosto de los estereros, ya se anuncia en los almancen de alfombras, que tapizan de Moqueta y Bruselas los muros de sus tiendas, ofreciendo su abrigo a los que menos han de sentir el frío del invierno.

Por lo que hace a teatros, estamos como queremos: ya se han abierto casi todos, y se suceden los aplausos como en día de nevada los copos de nieve. El ansia de divertirse va en aumento, lo que prueba que cada día es más aburrido el estado de las gentes. Porque ya lo hemos dicho otras veces y nunca lo repetiremos bastante: los teatros son para los aburridos lo que las fuentes para los hidrópicos: su aspiración constante. Así como el saciado no se acuerda del agua, el hombre satisfecho y contento no se acuerda de las diversiones.

Pueblo de muchos espectáculos, pueblo de muchos aburridos.

En Madrid deben ir en aumento, según se multiplican los teatros, y confirma este juicio la repetición de los suicidios.

El hombre aburrido, que no halla en el mundo satisfacción a sus aspiraciones, se va a la iglesia ó al teatro. El que va a la iglesia puede salir de allí para un convento; el que va al teatro es casi seguro que sale de allí para el viaducto.

Desde que Madrid ha reemplazado las iglesias y conventos con cafés y teatros, la plaga horrible del suicidio se desarrolla como los gusanos en un cadáver.

Consolaos los que maldecís de los tiempos pasa-

dos porque había muchos frailes, pensando que hoy hay muchos suicidas.

El desprecio de las cosas del mundo era antes escala para subir á la perfección cristiana; hoy ese desprecio, informado de odios satánicos, es abismo por donde se hunden muchas almas en los horrores de la desesperación.

Eso es lo que vamos ganando con que á los consuelos de la religión, reemplacen las distracciones mundanas.

Hace pocos días que en un teatrito de mala muerte se estrenó una pieza en un acto.

El autor, muy satisfecho del éxito obtenido, decía delante de sus amigos en el cuarto del primer actor:

— Mi obra, indudablemente, tendrá muchos imitadores.

Un chusco exclamó:

No será extraño, cuando los ha tenido ántes de estrenarse.

En una barbería hemos escuchado el siguiente diálogo:

Un parroquiano, entrando. — ¿No está aquí Lucas?

El maestro, con afabilidad. — Haced el favor de tomar asiento por cinco minutos. No puede tardar; ha sido llamado para afeitar á un enfermo de viruelas. Vendrá en seguida.

Una madre, muy solícita de la educación de sus hijos, decía el otro día al más pequeño:

— Antoñito, si te estudias hoy la lección y estás juicioso en la escuela, mañana te haré un regalo.

Al día siguiente, el niño, tan pronto como se hubo levantado, preguntó á su madre:

— Dí mamá, ¿es hoy mañana?

En una correspondencia de Egipto leímos ayer este rasgo, que tiene gracia, de un oficial de zapadores de las huestes de Arabi.

Había mandado construir un reducto en un sitio muy estratégico, y cuando fué á reconocerlo lo halló tan inexpugnable, que exclamó:

— Es imposible que los ingleses puedan entrar aquí; gracias que podamos entrar nosotros.

Disputaban cierto día un arqueólogo y un militar. La disputa llegó á agriarse hasta el punto de apelar al insulto. El arqueólogo, irritado, llamó al militar matachín y carnívero. El militar, mostrando mucha sangre fría, exclamó:

— Y usted, ¿qué es al fin más que un violador de sepulturas?

NULEMA.

FECUNDIDAD PRODIGIOSA

DE LA ÓRDEN FRANCISCANA.

Número de conventos y frailes existentes en varias épocas y en el día ¹.



San Francisco de Asís no tuviera sobre sí el cúmulo de inmensas glorias que le granjeó el caudal prodigioso de sus heroicas virtudes, la sola consideración de ser fundador y Patriarca de una prole numerosísima, cual lo es la familia franciscana, bastaría para que se dejase ver en el mundo como un astro de especial magnitud, digno de los aplausos de la sociedad entera. Un guerrero que para llevar á cabo vastos planes de conquista se hubiera propuesto formar un ejército numeroso, estableciendo como fundamental base, no sólo el no procurar vitualas y bastimentos, sino el despreciar y arrojar lejos de sí los que se le ofrecieran, claro está que un proceder semejante le habría acreditado de falto de juicio. Sin embargo, esto que el mundo hubiera tenido por locura, ha sido en San Francisco una admirable y gloriosa realidad.

«Yo, había dicho Dios á Abrahán, te constituiré en padre de una innumerable multitud de hijos, tan numerosa, que no se pueda contar;» y Abrahán creyó en la palabra del Señor, y en su gran fe fué justificado, porque esperó contra esperanza. Sabía que en la persona de su idolatrado Isaac estaban fun-

dadas las promesas del cielo, respecto á su casi inmensa descendencia, y esto no obstante, al disponerse obediente á sacrificar este mismo hijo, no perdió la fe en la palabra de Dios. ¿Cómo puede ser esto? exclamaría la prudencia humana. «Mas cuando es Dios el que obra, dice San Cirilo, no se ha de averiguar el cómo; se ha de suponer en Él poder y sabiduría para obrar maravillas por medios incomprensibles á la rudeza del hombre, pues en Dios hay hasta poder para formar de las piedras hijos de Abrahán.»

En esta inteligencia estaba sin duda alguna el Patriarca de los pobres, cuando, al recibir la inspiración del cielo para fundar su Orden dilatadísima, cuyos hijos serían en tan excesivo número que podrían compararse con las estrellas del cielo, estableció como base y fundamento lo que el mundo tuvo siempre por locura, esto es, el desprecio más universal y absoluto de los bienes de la tierra. «Mis frailes, dice en su Regla, no se apropien cosa alguna, ni casa, ni lugar, ni alguna otra cosa; mas así como peregrinos y advenedizos en este mundo, sirviendo al Señor en pobreza y humildad, vayan por limosna con confianza. Ni les conviene haber vergüenza, porque el Señor se hizo pobre por nós en este mundo. Esta es aquella excelencia de la altísima pobreza que á vosotros, mis muy amados hermanos, estableció herederos y reyes del reino de los cielos; hízolos pobres de las cosas temporales, y ensalzólos por virtudes. Esta sea vuestra parte, la cual lleva á la tierra de los vivientes. A la cual, mis muy amados hermanos, llegándoos del todo, ninguna otra cosa debajo del cielo, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, para siempre queráis haber.» ¹

El precepto, como se ve, no puede ser ni más absoluto ni más apremiante. Ya en otra parte dejó establecido que sus frailes trabajen fiel, devotamente y que del precio de su trabajo reciban las cosas necesarias al cuerpo para sí y sus hermanos, salvo dineros ó pecunia, que esto en ninguna manera lo recibirán. «Yo, se dijo á sí mismo, siguiendo los impulsos de su nobilísimo corazón, debo resucitar en el mundo los fervores de la vida apostólica; para ello se hace preciso que yo sea padre y jefe de gran número de hijos que de todas partes vendrán á mí, con el fin de pelear las batallas de la Cruz: si pues los seguidores de mi espíritu, según Dios me ha manifestado, han de ser en tan crecido número como la arenas del mar, no hallo en toda la tierra frutos suficientes para su sustento. Elevaré, por tanto, mi pensamiento al cielo, lanzaré mi Orden al corazón de Dios y Él cuidará de ella con su acostumbrada y paternal misericordia.» Esto dijo, y así se hizo. La seráfica familia, siguiendo el consejo del Apóstol, no posee nada, ni casa, ni lugar, ni alguna otra cosa; pero lo posee todo, en tan alto grado, que cuando sólo un pan hubiese en el mundo, la mitad por lo menos, en frase del seráfico Patriarca, será para sus frailes, siempre que éstos sean fieles observadores de la altísima pobreza que profesan.

Con tan humildísimos principios la familia franciscana, no sólo se ha sostenido y sostiene, sino que, por providencia especial de Dios, se ha multiplicado por todo el mundo, tan prodigiosamente, que tememos se tome por hipóbole lo que vamos á consignar, por más que para ello nos valgamos, no de leyendas más ó menos autorizadas, sino de datos oficiales y seguros. Sabido es que en el Capítulo general llamado vulgarmente de las Esteras, celebrado en Asís en los primeros años de la Orden, se reunieron algunos miles de frailes procedentes de todas las naciones; y aún cuando la cifra de cinco mil, que traen todos ó casi todos los historiadores ², parezca exagerada á alguno, es innegable que, por lo menos, hubo ya una gran multitud de religiosos, lo cual basta para nuestro propósito.

Otro dato aún más seguro á favor de la rapidez con que desde sus principios se propagó la Seráfica familia, nos suministra un Breve de Alejandro IV, dado en Viterbo el día 20 de Mayo, en el año cuarto de su Pontificado, ó sea cuando la Orden aún no contaba cincuenta años de existencia. El Breve empieza así: «Alejandro, Obispo siervo de los siervos de Dios: A los amados hijos los religiosos Franciscanos que viven y predicán la divina palabra en los países de los sarracenos, paganos, griegos, búlgaros, camanos, etiopes, siros, alanos, gazaros, godos, zicaros, ruthenos, jacobitas, nubidas, nestorianos, armenios, indios, moscelinos, tártaros, húngaros, turcos y en todas las naciones de Oriente, ó en cualquiera otra parte donde se hallen, *salutem in Domino*.» Como se ve, el sólo principio de este Breve es ya un elogio superior á todo encarecimiento, pues de él se desprende la importancia y extensión de la Orden, aun en sus principios. Si á esto se añade

que en aquellos mismos tiempos ya tenían los Franciscanos numerosísimos y bien poblados conventos en Italia, España, Francia, Portugal, Austria, Alemania, Inglaterra, Irlanda, Escocia y en otras partes, no hay palabras para el encarecimiento de la verdad que venimos demostrando.

Toda esta importancia tenía la Orden en el siglo XIII. ¿Qué sería después en los siglos posteriores? Jerónimo Plato, en su obra de *Propagazione religiosorum Ordinum*, tratando de la de San Francisco, escribió estas hermosas palabras: «¿Qué diremos de la propagación admirable de las Órdenes religiosas nuevamente establecidas, y principalmente de la de San Francisco? En pocos años se ha propagado de tal manera, que hoy día llena todo el orbe, dándose el caso singular de que en sola la Congregación observante se cuentan más de 100.000 religiosos.» Esto decía Plato de su tiempo. Mayor admiración causa lo que escribe á este propósito Algecira ¹ en su obra titulada *Arbore Epilógica totius Ordinis franciscanae*.

«Hoy en día, dice este autor, los frailes de San Francisco, en sus diversas Congregaciones, cuentan con el personal siguiente:

» Franciscanos conventuales: 31 provincias, 108 custodias, 1.509 conventos, y 30.000 religiosos.

» Franciscanos observantes: 93 provincias, 130 custodias, 2.300 conventos, y 163.900 religiosos.

» Franciscanos capuchinos: 42 provincias, 1.240 conventos, y 17.205 religiosos.

» Franciscanos de la Tercera Orden claustral: 17 provincias, 327 conventos, y 3.990 religiosos.

» Monjas franciscanas: 3.850 conventos, y 73.900 religiosas.

» Resumen general: 183 provincias, 238 custodias y vicarías, 9.226 conventos, 213.990 frailes y 73.900 monjas.»

Esto es tan admirable, que casi toca en la raya de lo incomprensible, y si no constase por datos oficiales, lo tendríamos por una paradoja. Como una prueba de la verdad del cálculo anterior, citaremos el siguiente dato oficial. En conformidad con lo que disponen las leyes de la Orden, todos los Ministros provinciales deben llevar al Capítulo general una nota de los religiosos difuntos en sus respectivas provincias durante el sexenio que acababa de terminar. Ahora bien: en el Capítulo general que celebró la Congregación observante en Valladolid en el año 1593, formando el cálculo de los religiosos difuntos, resultó la respetable cifra de 7.356, advirtiendo que en este cómputo no entran ni las monjas, ni los frailes conventuales, capuchinos, terceros, regulares, etc., pues éstos celebran sus Capítulos aparte. En el Capítulo general celebrado en Roma el año 1625, al formar el cómputo de los religiosos difuntos en el sexenio anterior, resultó haber fallecido 10.000 frailes. El mismo resultado nos dan los cómputos de los Capítulos generales siguientes hasta fines del siglo XVII, en que la Orden debió aumentar su personal de una manera notable, pues vemos en las tablas necrológicas de varios sexenios ascender los difuntos á la respetable cifra de 11 y 12.000.

Ponderando esta admirable fecundidad de la Orden franciscana, el venerable Luís de Granada pudo escribir en sus obras la notable cláusula siguiente: «Tan no fué obstáculo para la propagación de los hijos de San Francisco el voto altísimo de pobreza que profesa, que precisamente á esta circunstancia creemos sea debido el que se haya propagado en el mundo más que ninguna otra, hasta el extremo de que ella sola cuente mayor número de conventos y religiosos que todas las otras Órdenes juntas.» Lo mismo dicen Coccio, Volaterrano, Bzovio y otros muchos autores extraños. En apoyo de esta verdad, refieren gravísimos historiadores haber ofrecido el Rmo. Fr. Francisco de Sansón, General de toda la Orden, al Papa Pío II 30.000 religiosos jóvenes, capaces de tomar armas en la guerra de aquel tiempo contra el turco; y esto sin hacer falta á los conventos los referidos religiosos. También se escribe hizo la misma oferta á Inocencio X el Rmo. General fray Juan de Nápoles, año 1645, creciendo el número de religiosos que ofrecía para las armas, hasta 40.000.

En España ha sido siempre muy estimado el hábito de San Francisco, pudiendo asegurarse que, fuera de Italia, en ninguna otra nación tuvo la Orden Seráfica tanto número de conventos y de religiosos como en la nuestra. Los ejemplos de humildad, desinterés, abnegación y caridad cristiana que San Francisco y su primogénito Fr. Bernardo dieron á los españoles á principios del siglo XIII fueron tan admirables, que pronto se entrañó el afecto á la familia franciscana en el seno de esta nobilísima patria, dándose el caso de que apenas se conoce población de 500 vecinos en adelante, que no tuviera convento de San Francisco; en varias ciudades, no contentos

¹ Del *Homenaje al Seráfico Patriarca*, publicado por D. León Carbonero y Sol.

² Regla Seráfica, cap. VI.

² Entre otros, San Buenaventura.

¹ Se refiere al año 1624.

con uno, tenían dos; en algunas tres, y aun cuatro. En la época de la exclaustación los hijos del mendigo de Asís contaban en España con 1.175 conventos, en la forma siguiente: observantes, 425; descalzos alcantarinos, 171; capuchinos, 107, y las monjas, 450. No tenemos á la vista datos suficientes para determinar el número de religiosos y religiosas que había en los dichos conventos, mas no creemos exagerar si le elevamos á la respetable cifra de 18.800 individuos de uno y otro sexo, dando á cada convento 16 religiosos, en lo cual no creemos haya exageración, pues aun cuando hubiera varios conventos que no tuvieran el número indicado, en cambio había otros muchos con crecidísimas comunidades. Si, pues, esto era la Orden de San Francisco en España á raíz de la devastación napoleónica y liberal, ¿qué sería en los tiempos de los Carlos y Felipe? Por las tablas necrológicas de aquellos tiempos, podemos asegurar, sin que se tome por hipótesis, que los frailes franciscanos, en aquellas épocas de fe y piedad, ascendían á 30.000, pasando de 20.000 las monjas.¹

Tampoco tenemos datos suficientes para señalar el número de religiosos y religiosas de la Orden Seráfica que hay en la actualidad en todo el mundo; pero á fin de que nuestros lectores se formen una idea aproximada, copiamos á continuación unas palabras del célebre P. Arezo, digno español y provincial de la Orden en Francia, pronunciadas en la ciudad de Corbie, diócesis de Amiens, en un sermón que predicó á un numeroso auditorio por los años de 1861: «La Orden franciscana, dijo, es tan dilatada, que después de seiscientos años que cuenta de existencia, se compone hoy de 60.000 religiosos, que habitan en 3.200 conventos, esparcidos sobre toda la superficie del globo...» Edificio verdaderamente admirable!... Tanto más digno de admiración cuanto que está fundado sobre la *pobreza voluntaria*. ¿En qué consiste que subsista así sin ningún apoyo humano, á través de los siglos, y que aún en el día de hoy brille con tanto esplendor, mientras tantos imperios, tantos reinos se ven conmovidos y se precipitan hacia su ruina? *Digitus Dei est hic*. El espíritu del hombre no puede explicar lo que es la gracia de Dios.»

Para concluir, nos permitimos copiar á continuación un gracioso soneto que compuso á este propósito el Ilmo. Sr. D. Fr. Miguel Avellano, Obispo de Siria, y lo trae Tamayo en su *Martirologio Hispano* al día 4 de Octubre:

SONETO

Ciento y cuatro provincias, y conventos
Doce mil por el mundo dilatados;
Siete en Jerusalén; treinta fundados
Entre turcos y tártaros sangrientos;
Mártires sobre mil y cuatrocientos;
Y Santos veintiseis canonizados,
Sin quinientos, que están beatificados,
Gozando de la Gloria los asientos:
Cuatro Papas; cincuenta cardenales:
Inquisidores mil; Reyes cuarenta:
Mitrás, cátedras, plumas infinitas:
Del gran Francisco son grandezas tales:
Y ver que un pobre todo lo sustenta,
Es la mayor de cuantas hay escritas.

Este soneto debe corregirse en la actualidad; pues aun cuando en el número de conventos está excesivo, en casi todas las demás partidas se queda corto, efecto á que después de haberse escrito se han acrecentado las glorias de la Orden. Los Santos canonizados son ya ochenta y seis, y los beatificados pasan de quinientos, si entran en este número todos los que tienen culto público tolerado por la Iglesia: los Cardenales también pasan de cincuenta, y los Papas franciscanos son cinco. En todo lo demás es bastante exacto.

De todos modos, siempre se verifica que se ha cumplido admirablemente la profecía del Seráfico Patriarca. En uno de aquellos días en que el Patriarca de los humildes reunía sus primeros discípulos, nos dice la historia que vuelto á ellos y abrazándolos cordialmente les consoló con estas proféticas palabras: «No queráis tener pequeña grey, porque me ha manifestado el Señor que ha de multipli-

¹ Hoy en día, á pesar de lo crítico de las circunstancias, los hijos de San Francisco tienen ya en España bastantes conventos. Entre otros, recordamos los siguientes: Pastrana, Consuegra, Arenas, Puebla de Montalbán y Almagro, con destino á Filipinas; Santiago, Muro, Chipiona, para Tierra Santa y África. Hay además conventos en Villarreal, Cehegín, Orihuela, Concentina, Murviedro, Zarauz, Vich, Aranzazu, Olite, Antequera, Sanlúcar, Loreto y en otras partes. En todos estos conventos hay comunidades numerosas.

² En este cálculo no entran las monjas.

car vuestro número admirablemente. Yo, yo mismo he visto en revelación los caminos y vías públicas que conducen á esta ciudad de Asís llenas de gentes de todos estados y condiciones. En busca nuestra vienen los franceses, se precipitan los españoles, corren los alemanes, vuelan los ingleses, y de todas lenguas y naciones se acelera una multitud inmensa, émula de seguir nuestras pisadas. El número, en fin, de vuestros hermanos, será en las edades futuras tan copioso, que excederá á todo guarismo.»

Quiera el cielo que se cumpla asimismo otro pronóstico del llagado Serafín, á saber: que su inclita Orden duraría hasta el fin del mundo.

FR. M. G.

MONUMENTOS ARTÍSTICOS

ERIGIDOS Á SAN FRANCISCO DE ASÍS, EN CELEBRACIÓN DEL SÉPTIMO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

EN NÁPOLES



enteramente nuevo y original el pensamiento que ha concebido el artista para la creación de este monumento, que será uno de los más hermosos de Italia.

Sobre un basamento de mármol de sencillez cenobítica, pero de admirable belleza, se levantan tres grandes figuras, admirablemente hechas en riquísimo mármol: Dante, Giotto y Cristóbal Colón, y sobre ellas descuelga San Francisco extendiendo sus brazos para proteger y bendecir al gran poeta, al gran artista, al descubridor de nuevos mundos, hijos los tres de la V. O. T. de San Francisco, símbolos los tres de la influencia de la Orden seráfica en las maravillosas creaciones de la verdad, de la bondad y del amor.

En la parte inferior y derecha del basamento aparece Dante con la cabeza inclinada ante San Francisco y las manos cruzadas para oír su palabra y recibir su inspiración.

Al lado izquierdo está Giotto, que contempla con vista fija la faz del Serafín de Asís, como buscando en ella las formas de la belleza y la encarnación de sus inmortales cuadros.

Entre ellos, y en actitud reverente, se arrodilla Cristóbal Colón. Con una mano en la esfera circular, y teniendo en la otra una bandera, espera la bendición de San Francisco para viajar por rumbos desconocidos.

San Francisco, con los brazos extendidos y formando una verdadera cruz, en cuyo pié están los tres grandes genios, corona este monumento que Nápoles consagra para celebrar el séptimo centenario de San Francisco.

EN ASÍS

La estatua de San Francisco, que se inaugurará en Asís, es obra del célebre Dupré. Queriendo confiársela la comisión del centenario recurrió al Padre Mauro Ricci, de las Escuelas Pías, muy amigo suyo, quien consignó al artista ilustre la carta de aquella, contestando en Setiembre de 1880: «Estoy contentísimo de que la comisión haya pensado en mí, no tanto por mi poca valía en el arte, como por el amor que profeso al arte religioso.»

Estuvo en Asís el día 4 de Octubre próximo, y contestando al profesor Brunelli de Perusa, manifestó «que pondría todo su corazón al esculpir la estatua del Santo.» Escribió en 23 de Diciembre: «Con la mente yo estaba en Asís; trabajaba en el modelo de la estatua del Santo, me internaba con el espíritu en su vida; pensaba en este bendito país.»

En Mayo de 1881 había concluido el modelo y se dispuso á esculpirlo en mármol. Durante la Pascua escribió: «¡Hermoso mármol he descubierto para San Francisco! Lindo efecto producirá en la querida y simpática plazuela de San Rufino, con aquella iglesia suya de oscuro fondo, cielo brillante, espacio benigno y devoto silencio.»

Desgraciadamente después enfermó, escribiendo en 23 de Noviembre: «¡Qué fiesta será para mí el día en que podré retornar á mi estudio para ver nuevamente mis trabajos y mi San Francisco!» Empero en el día 10 del pasado Enero, el gran escultor fué á contemplar á San Francisco en la Gloria, dejando su obra casi concluida, terminándola pronto Amalia su hija. Mauro Ricci escribió el día 7 de Febrero desde Florencia:

«Vuelvo en este instante del estudio de Dupré, donde he podido ver la estatua de San Francisco, debiéndola ponderar. Está con los brazos sobre su pecho, en actitud de alto recogimiento y con la frente inclinada, como quien busca no distraerse para pensar mejor en Dios.»

El citado Brunelli escribió el día 2 de los corrien-

tes al ilustre Margoti: «Usted ha querido recordar en la *Unión Católica* mi cumplimiento á mi amigo ilustre Dupré, cuando en Octubre de 1880 estuvo en Asís á fin de disponer para modelar la estatua de San Francisco. Yo le ví llorar al contestar á mi brindis hablando de San Francisco, como lloré también al ver en Febrero último el modelo terminado de la estatua. Es una obra digna del todo de Dupré, creyente fervoroso.»

Como poeta excelente, Brunelli cantó al artista poco después de su fallecimiento, escribiendo al fin de su magnífico canto: «Sabido es que casi todos los asuntos de las obras maestras de Dupré son religiosos, como el *Abel*, el *Cain*, *Giotto*, *San Antonio*, el *Triunfo de la Santa Cruz*, la *Piedad*, etc. Del *San Francisco de Asís* que se ha de inaugurar este año, en que se conmemora el séptimo centenario del nacimiento de aquel gran Patriarca, en la plaza de la catedral de aquella ciudad, Dupré nos ha dejado concluido el modelo, que es un verdadero prodigio de religiosa escultura, en el cual trabajó con todo el amor y veneración de un artista del trescientos, y cual el Angélico, casi de rodillas. Lo están ahora sacando en mármol bellísimo, y Amalia, digna hija del gran artista, tanto por su religiosidad, como por su pericia en el arte, dará los últimos toques á la estatua; ya su padre le había confiado en vida los bajos relieves del basamento.»

EN MADRID

RESTAURACIÓN DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

No podemos afirmar si deliberada ó indeliberadamente respecto del centenario de San Francisco, ha acordado la Obra Pía de Jerusalén en España restaurar la magnífica iglesia donde estuvo establecida dicha Obra antes de la exclaustación y horrible matanza de los frailes en dicho convento; pero es lo cierto que estas obras, de suma importancia, se han empezado en 1882, séptimo centenario del Seráfico Patriarca, pudiéndose asegurar que se procede en ellas con actividad y acierto y son de tanta importancia, que concluidas, será San Francisco el Grande de Madrid uno de los primeros monumentos religiosos de España por la riqueza de la exornación artística, por el mérito de las pinturas al fresco, etc. El coste de estas obras se dice que ascenderá á algunos millones de reales. Nos felicitamos de este acuerdo, tanto más grato para nosotros, cuanto que coincide con la celebración del centenario.

LA CUNA Y EL SEPULCRO

DE SAN FRANCISCO.



ARA conmemorar el séptimo centenario del Santo Patriarca de Asís, voy á reproducir aquí, arrancándolas á un libro recientemente impreso, las siguientes páginas de mi peregrinación á la cuna y sepulcro de San Francisco. Creo que los lectores de LA ILUSTRACIÓN las verán con interés, en gracia de la oportunidad, y como explicación del grabado en que reproducimos la fachada exterior de la insigne basilica franciscana.

Después de visitar la ciudad eterna, y de reclinar mi frente y estampar mis labios en la piedra inquebrantable sobre que Cristo edificó su Iglesia, propúseme recorrer los más notables templos de Italia, donde se veneran los sepulcros de gloriosísimos Santos; pues habiendo visto el manantial de la verdad evangélica, era natural que admirase la lozanía de sus hermosos frutos. San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán, San Antonio de Pádua, cuyas reliquias había de venerar, ¿qué otra cosa fueron sino flores exquisitas y fecundas nacidas en el jardín de la Iglesia, regado con las aguas que brotan de la Silla apostólica?

Tan lozanas flores llenaron de aroma el mundo, y convertidas luego en sazonados frutos, y los frutos en abundantes semillas, inundaron la tierra de virtudes angélicas, en que se reflejan las gracias y dones del cielo.

Con este propósito llegaba á la estación de Asís el día 25 de Octubre de 1876, poco después de la media noche; y tomando un carruaje, por ser la noche oscura, y larga y penosa la subida á la ciudad, me dirigí, ardiendo en entusiasmo, hacia la cuna de San Francisco, donde esperaba embriagar mi alma con el aroma de sus flores, nacidas al calor del aliento de los serafines.

En cuanto rayó el día me eché á la calle; y aunque mi afán de ver los monumentos de Asís era tan

vehemente que hubiera querido á un mismo tiempo dirigirme á todas partes, tuve que comenzar por la iglesia de San Damián, que fué la primera que encontré abierta. Como no me propongo describir aquí todos estos sitios venerandos, sino apuntar ideas generales, complázcome en comenzar por una que me dominó en mis paseos por la patria de San Francisco. Cuando uno va á visitar por primera vez cualquier monumento famoso, siempre lleva de él una idea preconcebida, y no tanto por las descripciones que ha leído como por el origen, destino é historia del monumento. Y de mí sé decir que casi siempre he hallado mucha diferencia entre esta idea y la realidad, superando en ocasiones lo real á lo ideado, y las más de las veces quedándose muy por bajo la realidad de la cosa de las esperanzas que me había hecho concebir. Y nadie sabe sino el que la pasa lo que desagrade esta última impresión aunque se trate de monumentos de primer orden, pues el trabajo de la reflexión es lento, y no siempre el corazón, de suyo independiente y altivo, acaba por levantarse á este impulso para entusiasmarse por las sugerencias de la crítica. Pues tratándose de Asís yo debo declarar que mis impresiones estuvieron en perfecta armonía con las ideas que llevaba de todo, ideas ajustadas al concepto que tengo de San Francisco y de los principios de su Orden.

Las calles de Asís parece que no han sufrido alteración ninguna desde el siglo XIII: en la humildad de sus casas, en la desigualdad de su piso, en la melancólica soledad que en ellas se advierte, el viajero menos piadoso tiene que resignarse á pensar en las asperezas, privaciones y apartamiento de la vida monacal, vida sin regalos para el cuerpo, que se recrea con todo lo sensible, como enderezada á la purificación del alma en el crisol de la penitencia. Las calles de la ciudad privilegiada con la cuna de San Francisco, son caminos de un convento de mendicantes; sin buenos edificios que distraigan la vista, sin aceras que faciliten el tránsito, sin ruido que perturbe el ánimo, sin novedades que despierten los apetitos mundanos; los siglos que han mudado tantas ciudades, que han hecho desaparecer á muchas y muy populosas, han respetado la de Asís, como si rindieran tributo de veneración á la memoria del gran Patriarca.

Y si las calles de la ciudad conservan su antiguo carácter, no hay que decir cómo lo guardarán sus iglesias. En una plaza tan pobre que es campo de hierba, dominando el valle de Espoleto, alzáse la de San Damián, de sencilla arquitectura ojival, de una sola nave y pobrísima como no se puede dar idea. Acababa de celebrarse la misa del alba cuando yo entraba en ella; los primeros rayos de sol comenzaban á iluminarla, como si se complaciesen en mostrarme la humilde desnudez de sus muros cenicientos, la vetusta ruína de sus altares y la misérrima pobreza de sus ornamentos. Por indicación de una piadosa mujer que salía de misa hube de dirigirme á la reja de las monjas, las cuales, dignas hijas de Santa Clara, con afable dulzura me enseñaron el crucifijo que, según tradición, habló á San Francisco, y me obsequiaron con algunas venerables reliquias que recibí con alegría, pues nada en aquel sitio podía serme más grato. ¿Qué valor puede darse allí al oro y los diamantes? ¿Qué joyas, por valiosas que sean, pueden alegrar el corazón en presencia de tan admirables ejemplos de santa pobreza? Allí una ilustre dama, rica, joven y hermosa, supo desprenderse del oro que abrumaba su cabeza, de la juventud que abrasaba su corazón y de la belleza de su cuerpo, que comprometía la salvación de su alma, para entregarse en brazos de la pobreza y de la penitencia, y vivir en la oscuridad de un claustro consagrada al más grande de todos los amores, que es el amor de todos los sacrificios.

Con estas impresiones fui luego á visitar el cuerpo incorrupto de Santa Clara, descubierto el año de 1850, y que conservan las religiosas en una capilla baja, para que al través de rejillas pueda ser visto y venerado de los fieles. La capilla es sumamente reducida, y sobre un altar situado en medio hallase el féretro de la Santa, como si acabasen de ponerla de cuerpo presente. Al resplandor de las velas que encendieron las religiosas pude muy bien observar el santo cuerpo vestido con el hábito de la Orden; y á pesar de los siete siglos que han pasado por aquél cadáver, todavía se contempla la noble fisonomía de la ilustre dama, su frente despejada, su nariz recta y la expresión angélica en que se reflejaba la hermosura de su alma virginal.

Vivamente impresionado con aquel cuadro, salí para venerar el cuerpo de San Francisco, que desde su feliz descubrimiento guárdase en la famosa basílica, compuesta de tres iglesias, situadas una sobre otra, tesoro á un mismo tiempo de la piedad franciscana y museo del arte cristiano.

Si he de decir la verdad, y copio aquí mis pala-

bras de entónces, no he visto otro templo que me inspire más devoción que este, y eso que acababa de salir de la capital del mundo cristiano. La piedad de los siglos medios espácese en la segunda iglesia severidad y majestad tan imponentes, que no parece sino que se halla un transportado á la época de San Francisco y que se toma parte en los primeros combates del Santo Fundador. La nave del templo muy baja y dividida por arcos de medio punto que descansan en pilastras bizantinas; el ábside recogido y cerrado por bóvedas en arista, cruzadas por gruesos nervios pintados de azul, blanco y rojo; los muros tapizados de frescos, ya muy borrados por los siglos, de los grandes maestros de la escuela de Pisa, madre de todas las de Italia; las capillas de la derecha igualmente decoradas; y por último, los vidrios de colores de la misma severidad y tristeza, dan al conjunto de este templo tal aspecto que bien puede uno creerse, como digo, transportado á los antiguos tiempos, para respirar la fragancia de las primeras flores del jardín seráfico de San Francisco, á quien con su noble elocuencia llamó el Dante jardinero de Cristo.

En el fondo de las naves laterales de este templo que así dispone el alma á la devoción y á la humildad, ábrese dos escaleras que conducen á la iglesia subterránea, abierta en la roca, donde en lugar bien adecuado descansan las reliquias del gran Apóstol de la pobreza. Esta pequeña iglesia, revestida de mármoles y jaspes por la munificencia de Pío VII, guarda, como digo, el cuerpo de San Francisco, descubierto en 1818, y ha sido desde entonces como el corazón de esta santa casa, regado con las lágrimas de los monjes y de los peregrinos. De las quince lámparas que ardían ante la tumba del Santo, ya no arden más que dos: la luz de la humildad se extingue, los destellos de la piedad se apagan, el mundo camina hacia las tinieblas y sombras de muerte en que estuvieron sentados los pueblos gentiles. Pero Dios ha prometido abatir á los soberbios y ensalzar á los humildes. El fué quien derribó los muros de los antiguos señores de Asís y levantó una sobre otra las iglesias de San Francisco, como si quisiera representar en forma material y simbólica el triunfo de la humildad que se abate sobre la soberbia que se engríe.

Es imposible entrar en la iglesia superior de la gran basílica franciscana sin dejarse dominar por esta idea consoladora. Aquella ancha y alta nave, alumbrada por rasgadas ojivas, cubierta de antiguas pinturas de Cimabue y del Giotto, representa el triunfo de la humildad y la glorificación de la pobreza. Poco importa que la iglesia esté hoy desierta y desmantelada; que por su recinto no circulen los religiosos expulsados por la impiedad italiana; que en sus bóvedas, que guardan el incienso de siete siglos, no resuenen ya los cánticos divinos; la flor, que enterrada en la roca robustece sus cimientos, extenderá sus ramas nuevamente hasta cubrir con sus hojas y embellecer con sus flores la tierra, y entónces la gran basílica franciscana renacerá á la vida de las antiguas devociones.

Continuando mi peregrinación por la ciudad llegué á una iglesia, sobre cuya puerta pude observar con inmensa alegría, que muy pronto se trocó en tristeza, el escudo de las armas de España. Es la iglesia que edificó Felipe III sobre la casa en que nació el Santo, y cuyo patronato disfrutaban en otro tiempo nuestros católicos reyes. La iglesia es pequeña y humilde, y desde la expulsión de los religiosos por el Gobierno italiano, expulsión consentida por los patronos al reconocer el reino de Italia, sólo disfruta de la custodia de dos ó tres religiosos dedicados estrictamente al culto. Uno de ellos, italiano, fué el que me sirvió de cicerone; y después de mostrarme el calabozo en que Pedro Bernardo encerraba á su hijo Francisco para castigar sus actos de humildad, me condujo al establo donde la ilustre señora Doña Pica, por singular accidente, le dió á luz. Y como yo mostrase al religioso la dulce impresión que me causaba el observar aquella semejanza con el nacimiento del divino Redentor, hubo aquél de preguntarme si no conocía el libro titulado *I Fioretti di San Francesco*, en el cual se hace patente esta semejanza con diversos ejemplos sacados de la vida del Santo Fundador. Díjeme que le conocía de oídas como monumento primitivo de la lengua italiana, pero que nunca había caído en mis manos. El buen religioso me indicó dónde podía adquirirle, y dicho se está que no salí de Asís sin *I Fioretti*, edición de Milán de 1858, publicadas *secondo la lezione adottata dal P. Antonio Cesari, con note grammaticali e filologiche del prof. ab. Francesco Regonati*.

Ya con el libro en la mano, y al salir de Asís, visité la famosa iglesia de Santa María de los Angeles, situada en medio del valle de Espoleto á dos millas de la ciudad, dentro de la cual se conserva el primitivo oratorio de San Francisco, enriquecido

con los dones de la piedad, y sobre todo con una pintura del gran Overbeck, que representa la concesión de la indulgencia de la Porciúncula á San Francisco, otorgada en aquel lugar por el mismo Jesucristo en el mes de Octubre de 1221. Postrado á la puerta de aquel rústico oratorio, bajo la ancha cúpula del grandioso templo, permanecí largo rato considerando los triunfos de la humildad y los tesoros de la pobreza que Dios concede á sus siervos, triunfos y tesoros más duraderos que los que codicia y compra á precio de lágrimas y de sangre la ambición de los soberbios. ¿Ante qué trono de la tierra, pensaba yo, han rendido el corazón tantos millones de súbditos, como ha visto postrados en su pavimento este pobre y mezquino oratorio? Alejandro, César, Napoleón, ¿qué conquistas llevaron á cabo comparables con las del pobre loco, que excogió este rincón para hogar de sus hijos mendicantes? Las crónicas antiguas están unánimes en afirmar que en los siglos pasados muchas veces excedían de doscientos mil los peregrinos que acudían á visitar esta capilla en los días 1 y 2 de Agosto para ganar la indulgencia de la Porciúncula. ¿Quién convocaba á tan numeroso ejército de atletas de la fe, de héroes de la piedad, de santos y de mártires, de reyes y de nobles, que, arrastrando las penalidades de los viajes en su tiempo, venían desde todas las regiones del mundo á inclinar su frente ante este rústico monumento de las austeridades y penitencias de un pobre? Y aquí llegaban los reyes y los magnates; llegaban aquellas generaciones duras y guerreras como el acero que cubría sus cuerpos; llegaban las damas ilustres y los niños sin mancha, y confundidos en un cuerpo, cuerpo de muchos corazones para amar mucho y de muchos labios para alabar á Dios, se postraban en estas losas y se juzgaban dichosos al fijar en ellas su frente, esperando de su contacto la regeneración de sus almas.

Convengamos en que esto, aun humanamente hablando, es grande y sublime; porque si el hombre, excitado por las malas pasiones, es fiera indomable y cruel que se complace en cubrir el mundo de ruinas y en regarlo con sangre, algo debe de tener de ángel cuando, respondiendo á estos móviles de la virtud y de los santos ejemplos, se nos ofrece en tales espectáculos de amor dulce y tierno, como niño inocente en el regazo de su madre. El odio hace del hombre la peor de las fieras: es una fiera que discurre; el amor convierte al hombre en el más bello de los ángeles: es el ángel que se ha conquistado sus alas.

MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

SAN FRANCISCO Y LAS BELLAS ARTES.

En el año 1225 teníamos en la querida llanura de Vich, un huésped pobre, humilde, sencillo, que iba por el mundo pidiendo limosna, y cumplía al mismo tiempo un alto encargo de Dios Nuestro Señor, que le había enviado á la tierra á hacer grandes maravillas. Hufa de llamar la atención y de que la gente hiciese caso de él; pero el pueblo le amaba, y con la predicación de sus virtudes, más que con la de su palabra, ganaba los corazones y enseñaba á amar. No sabemos desde dónde, quizá desde las viejas torres de campo Llissa, hoy Espona, según las señales que existen en la rambla del Portalet, predicaba á los de Vich, que agradecidos construyeron una capillita en el lugar donde, desfallecido de hambre y penitencias, sufrió un desmayo, y que todavía se llama *Sant Francesch s'himoria*.

Aunque el que escribe estos cuatro renglones vive lejos de Vich, muy á menudo dirige los ojos á su tierra y se acuerda de las tradiciones que de niño oía contar á los ancianos, y las encuentra más hermosas y más interesantes que las de otros países.

Hoy que por ir á cumplirse siete siglos del nacimiento del gran Santo á que me refiero, se renueva la memoria de sus virtudes y maravillas, recuerdo aquella capilla que no he visto hace treinta y cuatro años, y que tiene un cuadro de los más notables de la comarca, cabalmente de uno de los mejores pintores de Vich, de Marianet Colomer. Esto me mueve á recordar de paso la influencia de San Francisco en las bellas artes, en la forma que otra vez he hablado, y á cumplir un compromiso que tenía años hace con Mossen Collell de escribir algo para su semanario.

Este año 1882 hace siete siglos que vino al mundo el modesto hijo de un tendero de Asís, llamado Bernardone, cuando se acercaba el más hermoso siglo de la historia, el siglo XIII, durante el cual rena-

1 Traducido de *La Veu del Monstrrat*, donde se ha publicado en catalán con el pseudónimo de *Un natural de Vich*.

SÉPTIMO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SAN FRANCISCO.



VISTA EXTERIOR DE LA ANTIGUA Y VENERABLE BASÍLICA FRANCISCANA EN ASÍS.

cieron con gran esplendor las ciencias que los monjes habían conservado con admirable paciencia bajo las bóvedas de sus monasterios, y que llevaron a una perfección que no podía esperarse Rogerio Bacon, Pedro Lombardo, el Maestro de las Sentencias; Alberto el Grande, Santo Tomás, San Buenaventura, Duns Scoto y Raimundo Lulio, el Mallorquin.

La legislación floreció como nunca y dió tan maravillosos frutos como las *Partidas* de Alfonso el Sabio, las *Decretales* que escribió un paisano nuestro, y el *Consulado de Mar de Barcelona*, ley que aceptó el mundo entero.

Entonces el comercio dió vida a las repúblicas de Florencia, Génova, Pisa, Ferrara y a la brillante Barcelona, casi reina del mar que la bañaba con sus ondas, rival de las más poderosas naciones en la guerra y en las artes de la paz. Al propio tiempo, vanse formando las lenguas modernas, derivadas del atín, y el naciente italiano, el francés y el provenzal

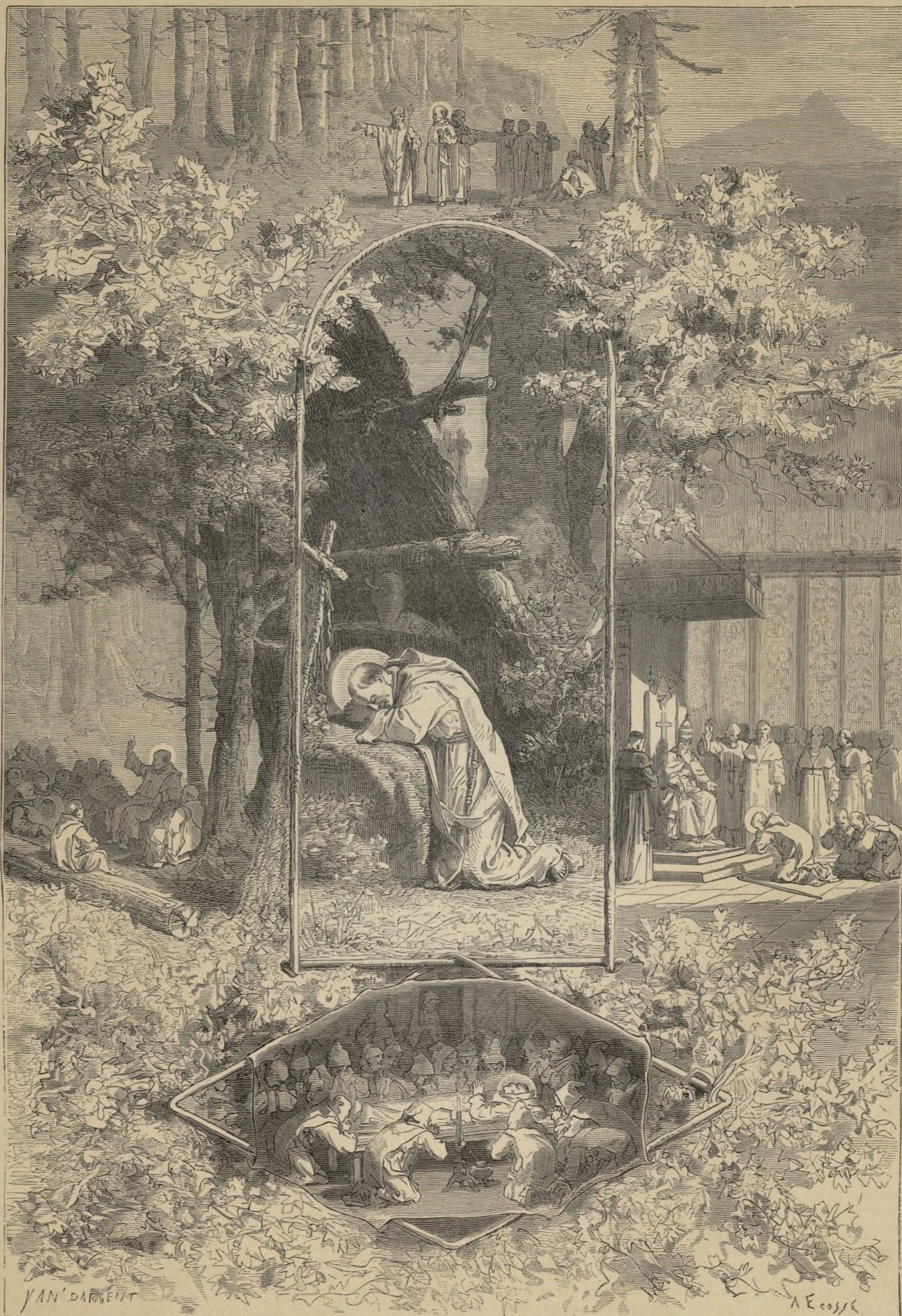
sirven para expresar las hermosísimas canciones populares en que se han perpetuado las diversas condiciones de aquellos tiempos. Pero el renacimiento de las letras, de las ciencias y de las artes, las proezas de los guerreros, y los tesoros de poesía que se derramaban no era nada en comparación del vivísimo ardor que conmovía a toda Europa, del entusiasmo que conducía innumerables ejércitos a Tierra Santa para liberrar el sepulcro de Jesucristo, en las gloriosas guerras de las Cruzadas.

Esa es la ocasión en que Dios envía al mundo, en figura de un pobre hijo de un tendero, a un ángel de amor, al corazón más inflamado y más hermoso que han conocido los hombres. Parece como que la Providencia escogió para retablo de aquel serafín el siglo de las poéticas costumbres que se formaban alrededor de los castillos feudales, al son de los dulces cantos del trovador y al rumor halagüeño de leyendas y canciones llenas de poesía.

Cuando en un siglo de estas condiciones todo respira hermosura, están cercanos hermosos resultados; pero ¿qué grado de hermosura no tendría la virtud y una virtud tan excelente como la de San Francisco? Por eso es digno de estudio, no sólo como santo, sino además por lo que influyó en las artes, en la poesía y en la hermosura de las costumbres.

Su amor al Criador y a todas las criaturas ha inspirado a los grandes maestros de la poesía y de la elocuencia cristianas Dante y Bossuet, ha dado colores a los pinceles de los pintores de la escuela de Umbría Giotto y Perugino, y materia abundante a la poesía popular, al espíritu poético de sus tiempos que canta de mil delicados modos los hechos de su vida, que han llegado a nosotros en preciosas tradiciones de que está llena Europa.

Toda poesía es amor, y aunque el amor y la caridad llenan la vida de los santos, en ninguna de ellas se ve un amor tan grande como en la de San Fran-



SAN BRUNO,
Fundador de la Cartuja.

cisco á la naturaleza, aunque siempre amada por amor de Dios. Han dicho algunos críticos que el cristianismo que inspira desprecio al mundo no puede ser fuente abundante de poesía, porque la priva de las bellezas de la naturaleza sensible; y quizá parecería que tienen algo de razón si no hubiese hombres como el serafín de Asís, que han probado con sus obras que el amor de Dios es el amor de todas las criaturas. Tan puro y ardiente era el amor de San Francisco, que le llevaba á amar, no sólo al Criador, sino todas las obras del mundo sensible y del insensible, desde los ángeles hasta los criminales y hasta los seres inanimados, desde el sol hasta las florecillas del campo.

Y como quería á la naturaleza por ser obra del poder infinito, y sus formas por la sabiduría infinita que las ha dado, y sus fines por el amor infinito que los dirige, daba algo de infinito á su manera de amar, hasta el punto de parecer simpleza á los ojos de los demás. Todos los seres, como obra de la mano amorosa del padre celestial, eran para él hermanos queridos, y con este dulce nombre de hermanos saludaba á los peces del mar, á los pajarillos del aire, á las estrellas del cielo y á las flores de los prados. Hasta el dolor y las penas eran recibidos por él con amoroso y cordial abrazo, y al sentir que se acercaba la muerte la dijo: «Bien venida seas, ¡oh muerte, hermana mía!»

Dígame ahora si era posible que no influyese tal hombre en las artes que se sostienen por el amor, centro y alma de toda belleza. Hija son de San Francisco la poesía y la pintura italianas, la dulce poesía que comienza con la sublime oda *Al Sol*, obra de este santo, y llega á la maravillosa *Divina Comedia* de su admirador Dante Alighieri.

Discípulo en sus primeros años de la escuela de Provenza, que visitaba á menudo, pudo allí aprender una poesía profana no comparable con la poesía que sólo inspira un amor puro como el suyo. Pero lo que recibió de Provenza lo devolvió con creces al mundo, y si allí escuchó canciones profanas al sol, que al parecer ha sido desde muy antiguo tema de aquellos poetas, ninguna de ellas vale tanto por su grandeza y fuego como la del *Frate sole*. Otras poesías que se cree por algunos que son de San Francisco, muchas de discípulos suyos, y las latinas del *Stabat Mater* y *Dies irae*, de Tomás de Celano y Fr. Jacopone, sobran para denominar á la Orden de San Francisco la Orden de los poetas.

En cuanto á la pintura y escultura, indudablemente nació sobre su sepulcro la candorosa escuela de los pintores de Umbría, que reproducen la seráfica imagen, que la dejan como rica herencia al mayor de los pintores, al sublime Rafael de Urbino, que con ella engrandeció el arte. Los grandes pintores de nuestra patria, Zurbarán, Alonso Cano, Rivera, el Greco, los Ribaltas, Atanasio Bocanegra y otros mil, ofrecieron al Santo los frutos de su ingenio en cuadros que se admiran en las iglesias y museos. Pero sobre todo el gran pintor de la Madre de Dios, el divino Murillo, ha dejado, entre otros testimonios, dos pruebas de lo que es la inspiración seráfica en el cuadro de la Porciúncula, del Museo de Madrid, y en la hermosísima pintura que se guarda en el Museo de Sevilla de *San Francisco abrazado por Cristo crucificado*. Largo resultaría este artículo si hubiésemos de explicar estos cuadros y darlos las debidas alabanzas. Y ¡cosa casual! el mejor cuadro que he visto en Vich es un San Francisco, de una casa particular, que creo se ha vendido y no sé quién le posee hoy.

Hasta en nuestros días el amor de San Francisco inspira nuevos cuadros en Alemania, Francia y otras naciones. Benouville le ha pintado en un cuadro de que se han sacado muchas copias en fotografías y grabados, bendiciendo á su pueblo. Llevado á la caída de la tarde, casi agonizando, en una litera por sus hijos de religión á la vista de la ciudad, medio se incorpora, apoyándose suavemente en uno de ellos, y bendice amorosamente á Asís, que se dibuja á lo lejos al fin de una hermosa llanura. Es uno de los mejores cuadros modernos del Luxemburgo. En el Museo Nacional de Madrid, que sólo tiene originales, existe una buena copia.

En nuestra patria hemos visto en los últimos tiempos que la inspiración franciscana ha proporcionado justos laureles á una escultura de Samsó y á una pintura de Mercader, que por no ser demasiado largos no explicamos. Y al hablar de escultura, ¿quién no recuerda el San Francisco de Toledo, atribuido á Alonso Cano?

Cien veces le hemos visto y cada vez nos agrada más: no sabe uno quitarse de delante de él cuando lo contempla.

Pero donde más clara se ve la influencia de San Francisco en las artes, es sobre todo en la arquitectura gótica. ¿Cuánto podríamos decir en este punto! Parece que la religión de San Francisco ha querido

apadrinar el arte ojival. Desde el año 1840, en que el Sr. Paz Mila me hizo dedicarme en unas lecciones sobre *Teoría de Bellas Artes*, que nos daba en la Casa Lonja de Barcelona, hasta hoy lo he observado en todos los lugares que he recorrido para ver bellezas del arte gótico.

En solo el siglo XIII se levantaron por los franciscanos 1.200 iglesias góticas, y al morir este arte en el siglo XVI, en brazos de los frailes de San Francisco dió los últimos suspiros. No es cosa de hablar de esto en las reducidas hojas de *La Veu del Monseerrat*; haría falta un libro. Mas, ¿por qué no decir una palabra del convento de San Francisco de Barcelona, joya preciosa, flor delicada que hace cuarenta años cortó y destruyó el viento tempestuoso de la civilización? ¡Alarbes! ¡Entregaron al fuego en el civilizado siglo XIX la casa de un santo que en el oscuro é ignorante siglo XIII, del medio del camino real, según cuenta la historia, apartó un tiesto por miedo de que le rompiesen, pues su alma no podía sufrir la idea de la destrucción!

¡Bendito seas, corazón de amor! Una chispa de aquel fuego que te encendía la bajaste á la tierra para dar nueva vida á las artes, á las letras y á las costumbres, y hacerlas más cristianas y por tanto más hermosas.

Madrid 1.º de Setiembre de 1882.

R. VINADER.

UNA FLORECITA

DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

De la antiquísima crónica franciscana, á que aludimos en otro lugar, titulada *Fioretti*, libro encantador que es en la literatura italiana lo que las tablas del Beato Angélico en la pintura, verdadera joya de la piedad y del arte trecentista, reproducimos el capítulo VIII como expresión auténtica del espíritu y carácter del Santo Patriarca. Dice así:

Cómo andando por un camino San Francisco y fray León, aquel expuso en lo que consiste la perfecta alegría.



ENDO una vez San Francisco desde Perusa á Santa María de los Angeles con fray León en tiempo de invierno, cuando el rigor del frío más les molestaba, llamó á fray León, que iba delante, y le dijo:

— Hermano León, suponiendo que los frailes menores en toda la tierra diesen buen ejemplo de santidad y de buena edificación, escribe y advierte claramente que no está en esto la perfecta alegría.

Después de andar un poco más, San Francisco llamó por segunda vez:

— ¡Oh, hermano León! aunque los frailes menores iluminasen á los ciegos, curasen á los baldados, arrojasen á los demonios, diesen oído á los sordos, piés á los cojos y habla á los mudos, y lo que es mayor, resucitasen á los muertos por cuatro días sepultados, escribe que no está en esto la perfecta alegría.

Y siguiendo un poco más adelante, gritó muy fuerte:

— ¡Oh hermano León! si los frailes menores supiesen todas las lenguas, y todas las ciencias, y toda la Escritura, y aunque supiesen profetizar y revelar, no solamente las cosas futuras, sino también los secretos de la conciencia y de las almas, escribe que no está en esto la perfecta alegría.

Andando un poco más San Francisco, volvió á llamar muy fuerte:

— ¡Oh hermano León, corderillo de Dios! aunque los frailes menores hablasen la lengua de los ángeles, y supiesen el curso de las estrellas y virtud de las hierbas; aunque les fuesen revelados todos los tesoros de la tierra, y conociesen las virtudes de los pájaros y de los peces, y de todos los animales, y de los hombres, y de los árboles, y de las piedras, y de las raíces, y de las aguas, escribe que no está en esto la perfecta alegría.

Y siguiendo en el camino un trecho mayor, San Francisco volvió á exclamar:

— ¡Oh hermano León! aun cuando los frailes menores supiesen predicar de modo que convirtiesen á todos los infieles á la fe de Cristo, escribe que no está en esto la perfecta alegría.

Y como continuase este modo de hablar por más de dos millas, fray León, con grande admiración preguntó á San Francisco:

— Padre, te ruego en nombre de Dios, que me digas en qué consiste la perfecta alegría.

Y San Francisco le contestó:

— Si cuando hayamos llegado á Santa María de los Angeles, calados por la lluvia, ateridos por el frío, cubiertos de lodo y angustiados por el hambre, llamamos á la puerta del convento, y el portero sale enfadado y nos dice: «¿Quién sois vosotros?»

y nosotros decimos: «Somos dos de vuestros Hermanos;» y él replica: «No decís verdad; sois dos bribones que andáis engañando al mundo y robando la limosna á los pobres. Marchaos de aquí.» Y no nos abre, y nos hace pasar la noche á la intemperie con la nieve, y el agua, y el frío, y el hambre; si entonces tanta injuria, y tanta crueldad, y tantos vituperios los soportamos pacientemente, sin turbación ni murmurar, pensando humilde y caritativamente, que aquel portero verdaderamente nos conoce y que Dios le hace hablar contra nosotros, ¡oh hermano fray León! escribe: en esto está la perfecta alegría. Y si nosotros proseguimos llamando y él sale fuera muy indignado, y como á unos pillos importunos nos echa fuera con vilipendio y á bofetadas, diciendo: «Idos de aquí, infames ladronzuelos; idos al hospital, que aquí no se os dará ni albergue ni alimentos; si entonces soportamos esto con paciencia, con deleite y con amor, ¡oh, hermano León! escribe que en esto está la perfecta alegría. Y si nosotros, instigados por el hambre, y por el frío, y por el rigor de la noche, volvemos á llamar, y pedimos por amor de Dios y con gran llanto que nos abran y nos metan dentro, el portero, más irritado, dice: «¡Cuidado con estos bribones! ¡qué importunos! ¡yo les castigaré como se merecen!» y sale afuera con un bastón nudoso y nos coge por la capucha, nos tira al suelo y nos revuelca entre la nieve, y nudo á nudo nos golpea con aquel palo; si todo esto lo sufrimos con paciencia y con alegría, pensando en las penas de Cristo bendito, las cuales tuvo que sufrir por nuestro amor, ¡oh hermano León! escribe: en esto está la perfecta alegría; y ahora escucha la conclusión, hermano León. Sobre todas las gracias y dones del Espíritu Santo que Dios concede á sus elegidos, está el de vencerse á sí mismo, y voluntariamente y por amor de Cristo padecer penas, injurias, oprobios y desprecios; porque de todos los dones de Dios no nos podemos gloriar en cuanto no son nuestros, sino de Dios; por eso dice el Apóstol: «¿Qué tienes tú que no lo hayas recibido de Dios? y si lo has recibido de Él, ¿por qué te glorías como si fuese tuyo?» Pero en la cruz de la tribulación y aflicción sí podemos gloriamos, porque esto es nuestro; y por eso dice el Apóstol: «Yo no quiero gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.» Amén.

¡MADRE MIA!

Como en templo cerrado
Que guarda mi destino,
Se esconde, entre las nieblas de mi infancia,
En religioso altar, su sér purísimo.

Si en el combate diario,
Sólo y débil, vacilo,
Las puertas de ese templo se entreabren
Y suspira una voz: «¡Sigue, hijo mío!»

Yo conozco ese acento
Que desmaya en mi oído.
Tierno como el recuerdo de mi cuna,
Triste como el adiós para el martirio.

¡Madre, madre adorada:
Siempre luchando vivo!
¿Por qué entonces tu voz me deja solo,
Y, do existió tu amor, hallo vacío?

Ni un recuerdo siquiera
De tu imagen consigo;
Ni una chispa salvada del incendio
Que mi dicha abrasó siendo tan niño.

¡Qué felices los hombres
Que de sufrir rendidos,
Pueden decir llorando: «¡Madre mía!»
Y fundir su dolor en un suspiro!

Yo nó; yo marchó sólo;
Lloro, pero escondido;
Y venero tu sér, cual se venera
El inviolable altar de un sacrificio.

Como el rito mosaico
Todo misterio y símbolos,
Tu recuerdo sin forma en mi alma engendra
Un culto hacia tu sér, casi divino.

Un culto no me basta;
El templo está vacío;
En los templos, se adora de rodillas,
Y yo quiero tus brazos: ¡soy tu hijo!

Dios te veló, y un culto
Impuso á mi cariño,
Y no hay culto en el mundo sin misterios
Ni altar sin holocausto y sacrificio.

Madre mía: mis lágrimas
Borren antiguos ritos:
Rasgue tu imagen el sagrado velo,
Brote la luz del fondo del abismo...

El templo del sepulcro
Cerrado está á los vivos...
¡Qué hermosa redención hallará mi alma
Cuando yo toque los umbrales fríos!

Llegaré aún cubierto
Del polvo del camino,
Y te hallaré, al final de mi jornada,
Sentada sobre el borde del abismo.

Por fin entre tus brazos
Descansaré tranquilo
Y verteré en tu seno, madre mía,
El llanto que en el mundo no he vertido.

J. ZORRILLA DE SAN MARTÍN (poeta chileno).

LOS GRABADOS

VII CENTENARIO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Vista exterior de la antigua y venerable basílica franciscana en la ciudad de Asís.

(Véase el artículo intitulado *Cana y sepulcro de San Francisco de Asís*.)

SAN BRUNO

Fundador de la Cartuja.

Entre los fundadores de órdenes religiosas, merece lugar preeminente al lado del serafín de Asís, el Padre de la Cartuja San Bruno, cuya obra resistió á las revoluciones y borrascas sociales purificándose y fortificándose de día en día, edificando al mundo con sus obras, con su espíritu moralizador y con sus mortificaciones, y conservando así en toda su pureza desde hace setecientos años la regla que le había impuesto su fundador.

Nacido en Colonia, de padres nobles, terminó sus estudios en la Universidad de París. Un hecho maravilloso que él mismo presenció después de haber sido nombrado maestro en Teología y Fisiología, decidió su vocación.

Uno de sus amigos, doctor de la Universidad, que gozaba fama de virtuoso y de sabio, acababa de morir. Cuando se le tributaba los últimos deberes y en el momento en que uno de los niños de coro cantaba el versículo de la lección de Job: *Respóndeme mihi: Quantum habeo iniquitates*, levantó el muerto la cabeza y contestó:

— Me está acusando el justo juicio de Dios.

Volvió á echarse en su ataúd con gran sorpresa y terror de los que asistían á sus honras fúnebres, dilatando el entierro para el día siguiente; pero al comenzar la ceremonia y llegar el mismo versículo, volvió á incorporarse el difunto y á repetir con voz más terrible que la primera vez:

— Me está acusando el justo juicio de Dios.

Y luego volvió á caer en el ataúd, hecho que dió lugar á prorrogar la fúnebre ceremonia á causa de la conmoción general de que se sintieron sobrecogidos todos los asistentes.

Comenzó el oficio por tercera vez y se pronunció el versículo con la ansiedad consiguiente.

— Estoy condenado, respondió el difunto con voz más clara y terrible, por el justo juicio de Dios.

San Bruno y seis de sus compañeros fueron los que más se impresionaron; comprendieron que la voz de Dios les llamaba, vendieron cuanto poseían, dieron á los pobres el producto de la venta y se fueron al Delfinado, donde gracias á Mgr. Hugues obispo de Grenoble, obtuvieron permiso para establecerse en el desierto árido y casi inevitable de la Cartuja á donde los llevó el mismo santo Prelado.

El primer oratorio que ellos mismos edificaron en medio de las miserables cabañas, tomó el nombre de *Santa María de Casalibus* con el que hoy se le conoce todavía.

Su regla exige el ayuno más riguroso y les está prohibida la carne aun en los casos de enfermedad mortal. A ejemplo de los trapenses, no despliegan los labios más que para cantar las alabanzas de Dios, y sus principales ocupaciones son la traducción y copia de los manuscritos sagrados. Este digno siervo de Dios ocultaba su vida en la humildad más profunda; pero después de su muerte, que tuvo lugar el 6 de Octubre de 1101, permitió Dios que fuese glorificado por los numerosos milagros obtenidos donde descansaba su cuerpo. Canonizóle el Papa León X.

DOM GUERANGUER

Sabio benedictino de Solesmes.

El actual gobierno de Francia ha desplegado un lujo extraordinario de persecuciones y asechanzas contra la insigne abadía de Solesmes, plantel de sabios, gloria de este siglo. Como recuerdo de esa ilustre casa, y para cumplir nuestro propósito de sacar del olvido á que el masonismo condena á los sabios cristianos de estos tiempos, publicamos hoy el retrato del famosísimo Gueranguier, que nació en Maux en 1806 y bajó al sepulcro en 1875.

Dom Próspero Gueranguier ha sido uno de esos hombres privilegiados que saben dar vida y movimiento á todo lo que tocan. En 1840 publicó sus *Instituciones litúrgicas* y siete años más tarde su *Año litúrgico*, y con estas obras ejerció tanta influencia en la liturgia romana, que su nombre vivirá unido á la historia de esta ciencia eclesiástica.

En 1850 publicó una *Memoria sobre la cuestión de la Immaculada Concepción*, y Pío IX admiró tanto en ella el saber de su autor, que le nombró de la comisión de sabios que habían de resolver el asunto de la definición, proclamada cuatro años más tarde.

Su estancia en Roma produjo otra obra notabilísima, la *Historia de Santa Cecilia*, libro de copiosa erudición histórica y arqueológica que resume á maravilla los estudios de Rossi acerca de las Catacumbas, según este ilustre sabio nos dijo, cuando tuvimos el gusto de visitar á su lado las celebradas de San Calixto.

La pluma del P. Gueranguier estaba pronta á responder á los grandes acontecimientos de la Iglesia, y por eso durante el Concilio Vaticano dió á luz su *Monarquía Pontifical*, que causó honda impresión entre los Padres de la Docta Asamblea y entre todos los publicistas católicos.

Además de estas obras ha publicado en su larga vida muchas otras, en todas las cuales resplandece su gran inteligencia y el vigor y galanura de su brillante estilo.

¿Cuántos charlatanes insulsos no gozan de más fama en el mundo moderno que el P. Gueranguier?

Así anda el mundo y así progresamos hacia la barbarie; negando su merecida gloria á los sabios, y prodigando coronas á los mentirosos y audaces.

LOS HURACANES EN FILIPINAS

DESVELANSE en vano los ingleses en disputarnos el lugar de preferencia en el Oriente con el empeño que ponen en erigir en Hong-Kong un Observatorio de primera línea, que arrebatase la gloria al que dirigen en Manila los sabios y humanitarios Padres Jesuitas; la naturaleza, como dice muy bien un célebre diario de aquel Archipiélago, es la primera que se opone al triunfo de los ingleses. Mientras en Manila ven claro el temporal que pronto va á descargar con furia sobre aquellos mares, en Hong-Kong perciben apenas, las más de las veces, indicios de su formación. Dios ha querido darnos, al situar las Islas Filipinas en el paso de la mayor parte de los tifones del Oriente, la llave que nos permite conocer á tiempo aquel terrible azote, que con tanta frecuencia lleva la destrucción y la muerte á los mares del imperio chino. De ahí que el comercio en general y el pueblo entero de aquellos países tengan en tanta estima las importantísimas observaciones que del Observatorio de Manila parten para las colonias y pueblos vecinos.

Varias veces hemos tenido el gusto de hacer notar la justa admiración que por sus descubrimientos y acertados pronósticos en aquel Observatorio, ha merecido de Europa entera su director, el eminente astrónomo y humilde Jesuita, nuestro particular amigo y compatriota P. Federico Faura; hoy la tenemos mucho mayor, si cabe, al leer en los periódicos venidos de aquella capital, los progresos que este joven y humilde sacerdote hace en sus tareas astronómicas.

La reseña que de los últimos baguños ha hecho el Rdo. P. Faura, es de suma importancia. Además de dar una idea de lo horroroso que es el espectáculo que ofrece la desatada tormenta en aquellos países y mares, la ciencia trasluce en dicha reseña próximo quizá el día en que el Rdo. P. Faura resuelva uno de los difícilísimos problemas que tanto preocupan á la astronomía, y podrán entonces los aficionados á esta ciencia pronosticar con firmeza la proximidad de una de aquellas tormentas, marcar la derrota que seguirá, y salvar, como hoy acontece con los partes del P. Jesuita, en aquellos países, las vidas de seres muy queridos, y los intereses de muchos barcos que estarían á punto de emprender sus viajes, confiados en el buen tiempo.

Una carta de Manila nos dice que desde Mayo último (1881) al 3 de Setiembre, cuenta el director de aquel Observatorio 16 huracanes previstos y anunciados anticipadamente, de los cuales cuatro rompieron su furia en la ciudad, causando incalculables pérdidas, bien que ninguna personal, y los restantes descargaron en las provincias y mares vecinos, y algunos en la China y el Japón.

Con el epígrafe *Nuestro Observatorio* escribe el periódico de aquella ciudad *El Comercio*:

«Nosotros, profanos á la ciencia, difícilmente podemos valuar las atinadas y asiduas observaciones del director de nuestro Observatorio; lo dicen más elocuentemente las manifestaciones de agradecimiento que nos vienen con mucha frecuencia de los distintos puestos de las costas de la China y del Japón, donde el alerta del P. Faura es áncora de salvación de muchísimas vidas y de incalculables intereses materiales. «Vengan telegramas de Manila, nos dicen de aquellos puntos, antes de salir del puerto nuestras embarcaciones, y nos salvaremos de tan espantosas tormentas.»

La Providencia ha dotado al delicado físico del P. Faura de una voluntad firme y de un celo inque-

brantable que no le dejan cejar en su ímprobo trabajo. A nosotros toca trabajar con todo nuestro esfuerzo y desinterés para el desarrollo de sus vastos proyectos. Mientras él apronta con suma generosidad para el bien de nuestras provincias y del mundo entero las dos más preciadas perlas, la virtud y el saber, nosotros debemos cooperar allanando sus caminos, ensanchando esa vasta red telegráfica, que hoy cubre la isla de Luzón y mañana debe extenderse por todas las costas é islas vecinas.

Varios personajes de Manila, algunos establecimientos particulares y otros de las colonias inglesas de Hong-Kong trataron de reparar los desperfectos que sufrieron algunos instrumentos del Observatorio con ocasión de los huracanes de Agosto; á ese objeto reunieron por suscripción la suma de 910 duros que giraron á favor del P. Faura, y en su consecuencia se compraron para el Observatorio un anemógrafo de Beckley, un barómetro magistral de Fortin, otro para viaje, y lo restante para recomposiciones; mereciendo los suscritores una carta del P. Superior, en la que les da las gracias, y concluye: «Me complace en reconocer el fin humanitario que ha guiado á ustedes y á cuantos han contribuido á la suscripción, y abrigo la seguridad de que la ciencia y el Archipiélago sabrán agradecerlo.»

También el Gobierno de Madrid se ha hecho cargo del gran servicio que el incansable P. Faura presta á España, facultando se consigne en el presupuesto de Manila una gruesa suma que se aplicará al mayor desarrollo de aquel establecimiento.

La civilización moderna que tanto se afana por desacreditar los grandes merecimientos humanitarios que en todas partes presta la Compañía de Jesús, vea cómo puede responder á tales argumentos prácticos; diga si sabe sustituir de algún modo los servicios que los hijos del gran Loyola le ofrece por doquier; conteste si otro más que ella es la primera en recoger los frutos de sus incesantes desvelos. Nunca nos cansaremos de decirlo: siempre la religión ha sido y será el mayor amigo de la humanidad doliente. ¡Gloria y honor á la Compañía de Jesús! ¡El Señor derrame gracias mil sobre el humilde y amable P. Federico Faura, por su abnegación y constancia en sus caritativos afanes!

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

PODA DE LAS VIÑAS

La poda de las vides es una de las operaciones más importantes, porque de ella depende en parte la duración mayor ó menor de la cepa, y la calidad y cantidad de vino.

El objeto de la *poda*, es impedir que la savia se pierda en la formación de muchos sarmientos y ramas superfluas, conducirla á las ramas de fruto, tener los racimos cerca de la superficie de la tierra ó de la pared en donde es mayor el calor, á fin de que el fruto sea mejor y más abundante, y el vino más exquisito y de mejor conservación.

Los modos más usuales de podar en España, son:

Poda en redondo. — Esta poda, muy generalizada en Cataluña, consiste en dejar dos ó tres pulgares en cada cepa, con una yema además de la peluda (así se llama la más inmediata á la cepa).

Poda á la ciega. — Consiste en dejar solo la yema peluda ó ciega á cada pulgar.

Poda de vara. — Este sistema, general en Jerez y Andalucía baja, consiste en dejar un sarmiento largo y recoger los demás pulgares sobre la yema llamada *casquera*. Algunos viñadores suelen dejarle además una yema clara. El largo de la vara varía desde dos hasta cinco piés, según las condiciones del sarmiento. El número de pulgares ó brazos útiles que se dejan á cada cepa, es de cuatro ó cinco, según la robustez de la planta, distribuyéndolos de manera que rodeen perfectamente la cabeza de la cepa, para que se equilibren mejor sus jugos.

Poda de espada y daga. — Se ejecuta dejando á cada cepa una vara casi en toda su longitud y extirpando todos los demás sarmientos, excepto uno que se corta á los dos ó tres nudos, según la fuerza de la cepa. En las muy vigorosas se pueden dejar dos sarmientos cortados del modo indicado. El sarmiento largo ó vara es el que produce el fruto, y los cortos ó pulgares arrojan por sus botones los sarmientos que habrán de producir al año siguiente: de los cuales se conservará el que mejor parezca cuando llegue el caso.

Esta poda es semejante, por no decir igual, á la recomendada por el Dr. Guyot. La única diferencia consiste en dejar ó no dos vástagos sarmientosos en los piés que lo permitan y en cortar ó no el sarmiento productivo. A este casi nunca se le deja en toda su longitud, sino que se corta á algunos nudos de su extremidad, dejándolo á un metro de largo próximamente.

1 Aunque de fecha atrasada, creemos interesante reproducir el siguiente artículo de un periódico de Manresa.

Poda del Dr. Guyot ó de vara de fruto y sarmiento de formación. — Esta poda tan recomendada, se reduce á dejar á cada cepa un sarmiento largo, vigoroso y lleno de yemas, y otro con dos ó tres yemas. Los demás se podan á casco. El sarmiento largo lleva el fruto; el otro dá diferentes vástagos, que por su dirección vertical favorecen el vigor de los mismos, sin impedir que la rama de fruto los produzca abundantes, ya por la postura horizontal que se le dá y en que se la sostiene, ya por los demás cuidados.

En el año siguiente, se corta el sarmiento de fruto: se conserva para que lo lleve, ó de rastra, el que quedó el anterior, con dos ó tres yemas, y se deja otro preparado, como este lo estuvo, para el año siguiente. Los demás sarmientos se podan á casco: de manera que siempre tiene la cepa un sarmiento largo y uno corto, y este es el que ha de quedar de rastra el año siguiente.

El ilustrado director de la Granja de Fortianell, en su correspondencia del mes de Marzo, dirigida á la *Revista de Agricultura Práctica*, dice que «el sistema de vara, tan recomendado por el entendido M. Guyot, se practica desde tiempo inmemorial en varios pueblos del partido de La Bisbal, mas sin seguir al pié de la letra los preceptos del precitado autor obtienen abundantísimo fruto, es verdad, pero su caldo es poco alcohólico, tiene aguardiente, y á los primeros calores primaverales se tuerce por lo común; allá la propiedad está subdividida, y no es raro ver en las buenas tierras de fondo, liños de robustas cepas, en cuyos intermedios, casi anualmente layados y frecuentemente estercolados, obtienen cosechas de cereales, legumbres y tubérculos; por consiguiente, en aquel caso, es muy racional el dejar muchas varas y pulgares para que un exceso de sávia no ahogue la producción; pero en terrenos secos y montañosos, creemos que con este sistema se agota pronto la vid, y la mayor producción de racimos no puede compensar este quebranto de las cepas ni el considerable gasto que ocasiona la colocación de tutores ó rodrigones en cada pié. Tal vez, nuevos ensayos y un estudio profundo sobre el particular, nos hagan modificar la opinión que acabamos de emitir.»

La poda de la vid se debe ejecutar todos los años por el sistema que cada uno crea más apropiado, teniendo en cuenta que en las tierras ligeras y poco sustanciosas se deben dejar menos sarmientos que en otras fuertes y fértiles.

La poda se hará de manera que los racimos puedan disfrutar de la luz, del calor, rocío y demás agentes atmosféricos.

Después de la poda, requiere la viña otros cuidados sucesivos, tales como *alumbrar* las cepas, quitando la tierra del rededor del tronco á una conveniente profundidad, para que puedan cortarse raíces superiores que quitan la humedad y alimento á las inferiores, detienen los trabajos de cultivo y pueda recogerse mejor el agua; ordinariamente se aplica á las cepas jóvenes hasta la edad de ocho años, y se hace por Abril ó Mayo.

Acogombrar. — Consiste en arrimar tierra á la cepa para impedir que se evapore la humedad; se ejecuta pasado el invierno.

Deslechugado. — Esta operación llamada también castrar ó despimpollar es el complemento de la poda, y no debe confiarse sino á personas que conozcan perfectamente la poda de las vides; tiene por objeto, así como el *despunte de vástagos*, concentrar toda la sávia á la madera útil y á los racimos.

Esta última operación se ejecuta con economía. *Despampanar.* — El despampanar ó deshojar sólo puede ser útil en cepas de terrenos bajos ó de zarzo y en años abundantes en que por cargar de mucha hoja impide el acceso y libre paso del aire, rocío y rayos solares, y no pueden madurar los racimos. Es operación que debe hacerse con economía.

Además, hay otras *labores generales* que consisten en revolver bien la tierra en la primavera, para que la parte superior vaya al fondo y la inferior á la superficie, procurando no dejar espacio alguno sin cavar, evitando hacerlo en tiempo húmedo. De este modo se facilita la influencia del calor, aire y humedad, destruyendo al mismo tiempo los pastos y malas hierbas.

LA INFLUENCIA DE LA LUNA

Créese generalmente que en materias científicas basta que uno tenga razón para que se la den en seguida. Pero no sucede así, pues en el mundo científico hay también preocupaciones, y preocupaciones muy inveteradas. Ahora bien; dado que sea posible convencer á algunos adversarios ¿qué hacer cuando el adversario es todo el mundo? En este caso se corre el peligro de promover un

escándalo, como lo acredita el clamoreo general que se ha levantado poco há contra alguno que se ha atrevido á sostener en plena Academia que las trombas no recogen el agua del mar, sin embargo de ser cosa corriente la opinión contraria.

Apesar de esto, me atrevo á emprender una nueva campaña contra otra preocupación meteorológica, demostrando que la luna, contra lo que generalmente se cree, es de todo punto inocente de los cambios del tiempo.

Es muy frecuente encontrar personas que dicen: «Este tiempo es detestable: el viento y la lluvia no cesan. Por fortuna, nos acercamos al final de esta luna. Cuando tengamos luna nueva cambiará el tiempo.»

Si esto no lo creyesen sino los habitantes de las ciudades, importaría poco, porque en ellas no se tiene en cuenta el buen ó mal tiempo, sino para las diversiones, los paseos ó las visitas, y en todo tiempo se hace lo mismo. Pero esto mismo creen los marinos, para quienes el asunto es de mayor trascendencia. Así es, que basta mostrarse algo incrédulo respecto de la influencia de la luna, para que haya quien diga: «sin embargo, para los marinos esta influencia es cosa averiguada.»

Si insistís, os dirán que muchos astrónomos piensan de la misma manera; entendiéndolo por astrónomos los hombres instruídos que creen firmemente en las influencias cósmicas, ó que anotan las fases de la luna al margen de su cuaderno de observaciones, y no los fabricantes de Almanques que pretenden fundar sus pronósticos sobre un profundo estudio de los movimientos de la luna; pero que en realidad se contentan prudentemente con anunciar buen tiempo y algunas tormentas para la primavera y el verano, y lluvias y fríos para el otoño y el invierno.

Mas no faltará quien me diga: la cuestión que vais á tratar, esto es, si la luna influye ó no en el tiempo, es sencillísima y debe estar resuelta hace ya mucho tiempo. Basta con observar si las variaciones del tiempo coinciden ó no con las fases de la luna, lo cual es una cuestión de hecho. Es así que los hombres á quienes más interesa prever los cambios atmosféricos concuerdan, según vos mismo confesáis, en proclamar la influencia de este satélite; luego la cuestión está resuelta, y os engañáis al negar un hecho acreditado por la experiencia.

Por otra parte, se dirá: hay personas á quienes importa mucho no engañarse en esta materia, por ejemplo, los generales de ejército en vísperas de una expedición que el mal tiempo puede frustrar completamente, y para los cuales es cosa corriente esta influencia. El general Bugeaud, tan cuidadoso en preparar las suyas, no se resolvía nunca á emprenderlas sin consultar á la luna. A esto diré que los generales romanos, entre los cuales ha habido algunos tan buenos como el duque de Isly, de gloriosa memoria, no se hubieran atrevido á emprender nada sin consultar antes las entrañas de las víctimas, ó la manera cómo se lanzaban sobre su comida los pollos sagrados. La opinión y aun las victorias de los generales más ilustres nada prueban en ciertas materias. Es lo cierto, sin embargo, que casi todo el mundo conviene en esta influencia de la luna, aunque no todos están de acuerdo sobre la manera como se verifica. Pero á mi entender, la opinión general que, según se dice, gobierna el mundo, no vale gran cosa en materias científicas. Estudiando las graves cuestiones científicas que han preocupado sucesivamente á los hombres y que hoy pueden considerarse como definitivamente resueltas, se advierte que ha habido épocas en que un hombre solo ha combatido la opinión general, logrando que *todo el mundo* paulatinamente, de año en año, y sobre todo, de generación en generación, se haya inclinado ante él comprendiendo que la razón estaba de su parte. La historia de las ciencias ha ofrecido más de una vez este espectáculo; para convencerse de ello basta recordar los nombres de Copérnico, Galileo, Kepler, Harvey, etc., siendo una honra para las sociedades civilizadas que las más añejas preocupaciones acaben por eclipsarse ante la verdadera ciencia.

Sucede, sin embargo, que las verdades científicas no son aceptadas siempre por los contemporáneos del que las descubre y proclama, sino por sus sucesores. Se ha comparado á la humanidad con un hombre que viviera siempre aprendiendo sin cesar y acumulando en su cabeza las conquistas de la ciencia. Pero este ingenioso símil no es muy exacto, pues el hombre de que se trata no tendría el entendimiento despierto siempre, y además, sin la muerte, que interviene como factor necesario, la humanidad progresaría bien poco. Por esto al combatir una preocupación no debemos contar con nuestros contemporáneos, sino con los que nos han de suceder en la escena del mundo. Cuando Harvey expuso la sencilla y verdadera doctrina de la circulación de la

sangre, un aficionado á la estadística notó que no hubo quien la aceptara entre los médicos y cirujanos mayores de treinta años.

Tengamos, no obstante, valor para luchar contra estas dificultades, pues no es posible resignarse con que una ciencia tan importante como la meteorología se halle detenida por meras preocupaciones, cuyo único valor consiste en haber sido aceptadas por espacio de muchos siglos cándidamente y sin examen.

Veamos en primer lugar si es cierto que la luna, no siendo sino un globo muerto, un cadáver, como la llamaba el utopista Fourier, puede influir sobre el tiempo por medio de sus fases.

El sol, no la luna como dicen las buenas gentes que no se cortan las uñas durante su carrera por miedo de que no les crezcan, es quien lo gobierna todo en el universo. No sólo dependen de él las vicisitudes de las estaciones, sino todos los movimientos terrestres, desde las grandes tempestades de nuestra atmósfera, hasta las menores vibraciones de las alas del insecto imperceptible, hasta el curso del más pequeño arroyuelo, hasta la caída de la más pequeña gota de lluvia. Extinguid el sol, y todo volverá á la inmovilidad, desaparecerá la vida y no se moverá ningún grano de arena sobre la superficie de nuestro globo. Dios, al infundir la vida en el universo en medio del espacio frío, ha puesto á los seres creados por Él en una especie de estufa cuya temperatura no pudiese exceder los estrechos límites compatibles con su existencia. Y para este fin ha hecho circular un globo frío, protegido por una envoltura gaseosa trasparente, pero poco conductora, alrededor y á considerable distancia de un enorme foco de calor constante. Este foco es el sol, cuya radiación en cada metro cuadrado de su inmensa superficie bastaría para alimentar continuamente una máquina de vapor de fuerza de setenta y siete mil caballos.

Ahora bien; la radiación calórica de la luna es tan poco sensible á esta enérgica radiación solar, que los físicos han necesitado mucho tiempo para llegar á determinarla. Pero, se nos dirá, es cierto que la luna refleja algún calor sobre nuestro globo. No lo negaré, mas para demostrar esto ha sido preciso inventar la pila termo-eléctrica, verdadera maravilla de sensibilidad; siendo de notar que una mano puesta momentáneamente ante este admirable termómetro, produce más efecto que todos los rayos de la luna llena concentrados por un espejo ustorio.

La luna no puede, por lo tanto, aumentar por el calor que le es propio la poderosa influencia del calor solar. Sostener lo contrario equivale á decir que el nivel del mar se aumenta echando una gota de agua en el Océano.

¿Habéis oído hablar de la termo-dinámica, ciencia nacida al mismo tiempo en la cabeza de un médico alemán y en la de un mecánico inglés? Esta ciencia demuestra que, de un extremo á otro del universo, el calor se transforma incesantemente en fuerza, y la fuerza en calor. Cómo se verifican estos cambios, es un misterio que se trata de explicar por medio de hipótesis, pero nadie duda de la realidad del fenómeno. La misma ciencia nos ayuda á comprender que el calor del sol es la fuente de toda vida y de todo movimiento en el universo. El agua que mueve las ruedas de nuestras máquinas, es debida al calor solar de cada día; y hasta las minas de hulla, de donde sacan su fuerza las máquinas de vapor y las locomotoras, no son sino depósitos de antiguo calor solar, transformado por una poderosa vegetación y enterrado por efecto de las conmociones geológicas de épocas remotas. No se encuentra en ellas ni una partícula apreciable de calor lunar.

Aun conviniendo en que el calor lunar no influye en los fenómenos atmosféricos, queda el recurso de atribuir esta influencia á la atracción. Es cierto que la luna mueve las aguas del Océano y desempeña un gran papel en las mareas, cuya altura disminuye cuando la luna se aleja de nosotros, y aumenta cuando se aproxima; y como la acción de la luna se une á veces á la del sol, y otras le es contraria, según la posición relativa de ambos astros, las mareas varían además con las fases de la luna, y son algo mayores en el plenilunio ó novilunio que en el primero ó último cuarto de luna. Los marinos más instruídos no dejarán de recordaros esto cuando tratéis de combatir su preocupación favorita. Pues la luna mueve el Océano, ó cuando menos, produce una ola de ancha base y de un metro ó más de altura, cuya cumbre sigue fielmente todos sus movimientos, ¿por qué no ha de influir del mismo modo sobre el Océano aéreo que nos rodea?

Esto me ha facilitado la explicación de un hecho que he buscado durante mucho tiempo. ¿De dónde procede que los antiguos no han atribuido nunca á la luna la propiedad de producir el buen ó mal tiempo, dejando á Júpiter el cuidado de reunir la nu-

bes y de lanzar el rayo, como lo acredita el verso de Virgilio, algo duro por su concisión?

Nate, patris summi qui tola typhoia temnis

Los antiguos no han fundado nunca sus pronósticos en las fases de la luna. Esta preocupación es de origen muy moderno, y procede de una falsa analogía entre la atmósfera y el Océano, cuyas mareas no conocían los antiguos más que de oídas, por hallarse circunscritos en los límites del Mediterráneo. Los navegantes modernos notaron hacia el siglo xv la universalidad de este fenómeno, y desde entonces data la preocupación que combatimos. Sin embargo, ellos nos han dado á conocer todas las maravillas del globo terrestre, cuya sola enumeración sirve para comprobar mi tesis. Así, por ejemplo, sabemos que no hay nunca tempestades en Lima; que en Santa Elena, al otro lado del continente americano y del Atlántico, no se oye jamás el estampido del trueno, mientras que suena casi diariamente en las Molucas y en las islas de la Sonda; y sin embargo, los cambios de la luna se observan en todos estos países. En el alto Egipto no llueve nunca, á pesar de que la luna tiene allí las mismas fases que en Europa. Por el contrario, en todas partes el Océano sube ó baja al compás de la luna. Las mareas universales y los accidentes meteorológicos de la atmósfera son, pues, dos fenómenos diversos y sin relación ninguna entre sí.

Pero desde el punto en que se hace intervenir á la atracción, el problema entra en la esfera de la mecánica y del cálculo. El sabio Laplace, que ha sido el primero en analizar el fenómeno de las mareas, calculando la influencia de la atracción lunar, no sobre el Océano líquido, sino sobre el aéreo, sacó, en conclusión, que la marea atmosférica debe hacer variar un céntimo y medio de milímetro la altura del barómetro. ¿Quién dirá al presente que son mejor conocidas las tempestades, que se debe á esta influencia imperceptible la depresión de muchos centímetros, producida bruscamente en el mercurio por las variaciones del tiempo? No satisfecho con esto, rogó Laplace á su amigo y colaborador Bouvard, antecesor de Arago en la dirección del Observatorio de París, que investigara si en las observaciones meteorológicas existentes, se encontraban algunas huellas de estas variaciones imperceptibles. Habiendo sido infructuoso este ensayo, Bouvard quiso cerciorarse de si la luna ejercía alguna influencia sobre el tiempo, estudiando las observaciones de todo un siglo y contando cuantos días de lluvia habían correspondido á cada cuarto de luna. El resultado fué tan sencillo como decisivo, pues la lluvia se había distribuido igualmente entre estos cuatro períodos. Resultado idéntico al que se obtendría en virtud de la ley llamada de los grandes números en el cálculo de las probabilidades, si se tratara de averiguar, por medio de una estadística de cien años, cuántos bueyes se han llevado al matadero, ó cuánta gente ha pasado por el *Puente Nuevo* en cada fase de la luna.

No negaremos que se han combatido estos razonamientos y estos resultados. No se trata, se dice, del número de días lluviosos, sino de los cambios de tiempo. Tocante al modo como se verifica esta influencia, se limitan á decir, que si el calor de la luna

no llega hasta nosotros, consistirá quizá en que es absorbido por las capas superiores de la atmósfera, donde sirve sin duda para disipar las nubes, llegando hasta á asegurar que estas son tragadas por la luna.

Por fortuna, el descubrimiento de las leyes de las tempestades nos proporciona un argumento decisivo, que de propósito he reservado para lo último, y que tiene el mérito de haber sido inventado por un habil marino, lo cual contribuirá acaso á que lo acepten de mejor grado sus compañeros: «¿No es cosa sabida, dice el comandante Bridet, que un ciclón viaja durante diez, quince y hasta veinte días para terminar su carrera, y que el mismo ciclón puede, por lo tanto, chocar con un navío en luna nueva, con otro en el primer cuarto y con un tercero en el plenilunio? El capitán de cada uno de estos tres navíos tendría razón para atribuir á cada uno de estos tres cuartos de luna el desastre que hubiera sufrido, y sin embargo, es un mismo fenómeno el que en su carrera normal y ordinaria ha encontrado á estos tres navíos, uno después de otro en el camino que naturalmente había de recorrer.»

Es en la actualidad cosa averiguada que así los vendabales, como las borrascas, proceden de movimientos giratorios que recorren incesantemente la superficie del globo, produciendo en todas partes los cambios de temperatura que se atribuyen á nuestro satélite. A nadie se le ocurrirá atribuir á la luna el origen de los ciclones. Estos terribles fenómenos se elaboran bajo la influencia del calor solar en las regiones superiores de nuestra atmósfera, cuyo nivel ordinario es elevado periódicamente por este calor, la cual se extiende y se derrama hacia los polos por grandes corrientes que pasan sobre nuestras cabezas, á derecha é izquierda del Ecuador. Aunque son invisibles, nuestra mirada puede seguirlas con ayuda de las extrañas nubes que llevan en pos de sí estas corrientes, nubes que ocupan la parte superior de la atmósfera y que no se forman de gotitas de agua líquida, sino de delgadas agujas de hielo, dando al cielo frecuentemente un aspecto pintoresco y produciendo al rededor del sol y de la luna curiosos fenómenos de luz. En el seno de estos ríos aéreos se forman frecuentemente vastos movimientos giratorios análogos á los remolinos de agua corriente, cuyas espirales descienden indefinidamente, hasta que el sol las detiene atrayendo la electricidad de las regiones superiores, mezclando las nubes heladas con las nubes acuosas de las capas inferiores, produciendo en todas partes, á su paso, tan rápido como un *tren express*, el huracán, la lluvia y el trueno, y dando á veces el espectáculo, inexplicable durante mucho tiempo, de masas enormes de agua, heladas de repente en medio de los relámpagos y cayendo sobre la tierra en forma de rocío.

Al siglo xix corresponde la gloria de haber descubierto y explicado las leyes de las tempestades, (pues las tempestades tienen leyes que obedecen fielmente) las cuales no son enfermedades de la atmósfera, sino fenómenos casi tan normales como los fenómenos celestes. La teoría nos muestra ser idéntico el mecanismo que regula los movimientos de los astros, las tempestades y los huracanes, y áun los movimientos interiores del más débil arroyuelo, y halla estos ciclones con los mismos caracteres mecánicos hasta en la atmósfera del sol. ¿Será necesi-

rio añadir después de estas magníficas declaraciones de la meteorología moderna, que la luna no influye para nada en estos fenómenos? Contentémonos con que ilumine la tierra para lo cual le basta su luz; con que tenga el calor necesario para que el físico se jacte con razón de haberlo hecho perceptible; con que tenga acción química suficiente para grabar su imagen sobre las tarjetas más delicadas de nuestros fotógrafos.

Es indudable que disipando un error se presta un servicio á la ciencia; pero en realidad no era este mi objeto, sino únicamente llamar vuestra atención, preparándola y excitándola quizá al combatir una preocupación ridícula, sobre las leyes de las tempestades que no he hecho sino bosquejar y que constituyen una de las conquistas más nobles del espíritu humano. La manera mejor de propagar la ciencia no es siempre escribir libros grandes ó pequeños, sino más bien dirigir la palabra á un auditorio escogido como este y tratar de comunicarle la noble emoción que causa al hombre de ciencia el conocimiento de las grandes leyes de la naturaleza. Plinio, dijo en un noble lenguaje que intentaré traducir: «Si un hombre pudiera elevarse sobre la esfera terrestre y contemplar un momento la belleza suprema y el orden divino en el universo, quedaría indudablemente extasiado; pero faltaría algo á su dicha si al volver á la tierra no le fuera dado referir estas maravillas á los demás hombres.»

M. FAVE.

MISCELÁNEA

BIBLIOGRAFÍA. — A los peregrinos de Santa Teresa ha prestado un servicio inapreciable el Sr. D. Vicente de Lafuente, con la *Guía* que ha publicado para visitar los lugares más señalados por los recuerdos de la insigne doctora de Ávila.

El Sr. Lafuente, que es el escritor más erudito en las cosas de Sta. Teresa que hay en España, ha recogido en este precioso libro un caudal de noticias á cual más interesantes, y siguiendo el itinerario de la peregrinación teresiana, describe los lugares en que más resplandecieron las virtudes de la Santa, comenzando por Madrid, siguiendo por el Escorial, Ávila, Alba, Salamanca, etc., etc.

Acompañan al libro, elegantemente impreso, varias láminas que representan los principales conventos teresianos de Ávila, Alba y Salamanca, y el sepulcro y corazón de la Santa, que se conservan en Alba de Tormes.

El libro forma un volumen en 8.º de 500 páginas y se vende en beneficio de Santa Teresa á veinte reales ejemplar.

ACADEMIA GENERAL Y PENSIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO, CALLE DE LA MISERICORDIA, NÚM. 2, MADRID. — Esta Academia fué fundada por varios católicos el año 81 con objeto de que los padres que mandan sus hijos á estudiar á Madrid, puedan colocar á éstos en un centro católico, donde estén bien dirigidos, atendidos y cuidados, y para que al mismo tiempo los jóvenes, cumpliendo con su deber,

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

MÁS DE UN MILLON DE PURGAS EN UN AÑO

CON LA ACREDITADA

AGUA DE LOECHES (La Margarita)

Prueba la general aceptación de un específico *sin rival* para las escrófulas, herpes, sífilis, úlceras, desarreglos de la menstruación, flujo blanco, infartos de la matriz, erisipelas, ietericia, malas digestiones, estreñimiento pertinaz, etcétera. Venta del agua en botellas en todas las farmacias y droguerías principales. Depósito central y único en España, JARDINES, 15, bajo, donde se abonan cuatro cuartos por cascotes.—**IMPORTANTE:** Esta agua, premiada en todas las exposiciones donde se ha presentado, ha obtenido *medalla de oro*, premio superior concedido en la exposición *especial balneológica* de Francfort Alemania, cuyo jurado se componía de los mismos dueños de manantiales de aquel país, rindiendo así justo tributo á este de España, que está considerado como *el primero* en su clase en el mundo y *sin rival* por todo el protomedicato.


COMPENDIO DE LA TEOLOGÍA MORAL

de San Alfonso María de Ligorio, con notas y disertaciones, por José Frassinette, prior de Santa Sabina de Génova, traducido de la cuarta edición italiana y aumentado con varios apéndices, por el licenciado D. Ramon María García Abad, canónigo doctoral de la Santa Iglesia de Lugo.

Segunda edición española con licencia de la autoridad eclesiástica. Madrid, 1882. Dos tomos en 4.º, á 8 pesetas en rústicas y á 10 en pasta. Remetido por correo y franco de porte, una peseta más.

Los pedidos á D. Gregorio de Anco, sucesor de Olamendi, calle de la Paz, número 6, Madrid.

COMPañía COLONIAL
DE ORO.
MEDALLA
CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX
Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal. Calle de la Montera, núm. 8.



HARMONÍA ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

ENSAYO ESCRITO

POR EL PADRE MIGUEL MIR

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

Esta obra, impresa con todo lujo, magnífico papel y tipos elegantísimos, se vende á 24 reales en Madrid y 26 en provincias, en las principales librerías. Los pedidos, acompañados de su importe, deben hacerse á la casa editorial de Riera, calle de Peligros, 20.

PARA EL CULTO DIVINO EN LATON BARNIZADO Y PLATEADO

| | | | |
|--------------|------------|--------------|----------------|
| Atriles. | Cetros. | Hisopos. | Navetas. |
| Calderillas. | Ciriales. | Hostiarios. | Sacras. |
| Candeleros. | Cruces. | Incensarios. | Varas (pálio). |
| Campanillas. | Custodias. | Lámparas. | Vinageras. |

Cáliz y copones, copa de aluminio, con baño de oro fino.

Manuel García, Atocha, 45, Madrid.

dediquen al estudio el tiempo necesario para seguir con provecho sus carreras, y no se pervertan.

Para lograr este fin, la Academia cuenta con profesores y academias acreditados y de toda confianza, y dispone de un local que reúne todas las condiciones higiénicas necesarias.

Las personas que deseen detalles pueden pedirlos á la secretaría de esta Academia y se les remitirán, donde sea, juntamente con el reglamento de la misma.

Tenemos sobre la mesa, y cuando los hayamos leído daremos juicio de ellos, los siguientes libros nuevos: *La transformación de la Roma Pagana estudiada en la Roma actual*, por el Dr. don Urbano Ferreira, presbítero. Barcelona 1882. Un volumen en 8.º mayor de 600 páginas, 24 reales. *Homenaje á Santa Teresa de Jesús*, gloria del Carmelo, en el tercer centenario de su muerte, por D. León Carbonero y Sol. Madrid 1882. Un volumen en 4.º de 224 páginas. No se vende. *Homenaje á San Francisco de Asís* en el séptimo aniversario de su nacimiento, por el mismo autor. Un volumen en 4.º No se vende.

SANTIAGO JERUSALÉN, ROMA: *diario de una peregrinación á estos y otros santos lugares*, etc., por D. José María Fernández Sánchez y D. Francisco Freire Barreiro, catedráticos de la Universidad de Santiago. Van publicados dos tomos en folio menor de más de 700 páginas cada uno, con grabados, 14 pesetas cada tomo. *Exposición de la Constitución Apostólica Sedes*, en la cual se reducen las censuras de sentencia lata por el Rdo. P. fr. José María Morán de la Orden de



DOM GUERANGER,
Sabio benedictino de Solesmes.

Predicadores. Madrid 1882. Un volumen en 4.º de 200 páginas. Precio 2 pesetas. *Poetas de Pindaro* traducidas al castellano por el Sr. Obispo de Linares.

Los nombres de los autores de estos libros nos garantizan de su mérito; pero por lo mismo hablaremos de ellos cuando hayamos saboreado sus páginas.

CONSEJO DE UN MORALISTA PRÁCTICO.—El mundo, decía él, se halla atacado de una grave enfermedad que se llama *tibieza* ó *cobardía*. Cuando os sintais acometidos de esta epidemia, cuando al tratar del cumplimiento de alguno de vuestros deberes respondais:—*No puedo; es muy difícil.*—*No tengo tiempo.*—*Después.*—*Mañana lo haré.*—*No es cosa de empezar porque después no podré seguir, etc. etc.*, plantead estas dos cuestiones que os presento, y resolvedlas puesta la mano en el corazón y la conciencia:

1.ª ¿Qué haría yo si después de cumplir este deber que me parece *imposible*, tuviera la seguridad de recibir mil duros?

2.ª ¿Qué haría yo si me constase que á no hacer lo que creo que no tengo tiempo para ello, me habrían de suministrar cien palos en las costillas?

Este sencillo remedio, la reflexión sobre las cuestiones que os presento, bastarán para que se cure la pereza.

¿Crees que me chanco, caro lector? pues cuando te veas atacado de la pereza haz lo que te digo y no te reirás. Verás el resultado que produce.

TIPOGRAFIA GUTENBERG
Á CARGO DE MANUEL SALAMANQUÉS
Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo *treinta y seis grandes columnas de texto*, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.

HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.

FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid